

6

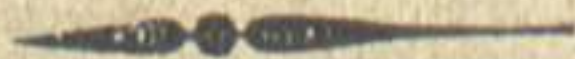
BIBLIOTECA DE «EL NOTICIERO».

PEQUEÑAS NOVELAS

ORIGINALES

DE

D.^a SOFIA TARTILAN.



MURCIA, 1882.

Tipografía de EL NOTICIERO, S. Antonio, 8.

PROBATION DEPARTMENT

RECEIVED

OFFICE

STATE

NOV 19 1900

RECEIVED

LA LOCA

DEL MUELLE.

San Sebastian, la bellissima capital de Guipúzcoa, cuya deliciosa playa está siendo, hace algunos años, el encanto de la elegante sociedad española durante los meses del estío, es à no dudarlo una de las ciudades mas hermosas de la Península. Nada puede figurarse el lector que no la conozca mas bello que las lindas alamedas que la cruzan en toda su extension y direcciones; nada tan fresco, tan limpio como sus calles, formadas

de blancas y bien alineadas casas, hasta cuyos pisos principales llegan las frondosas copas de los árboles que la hermocean.

Los paseos públicos son verdaderos modelos de buen gusto por su sencillez, belleza y comodidad. Fuentes cristalinas, grupos de mármol y bronce representando escenas mitológicas; parterres llenos de hermosas flores; faroles artísticamente trabajados; asientos de mármol cómodos y en gran número, y por último un piso cubierto de esa arena fina y lustrosa, que solo se encuentra cerca del mar de Cantabria, he aquí lo que constituye esos sitios deliciosos.

Si de la población nos trasladamos al campo, allí encontraremos el original de esos deliciosos cuadros de la escuela flamenca, que parecen hechos para regocijar el ánimo; y la rica, la exuberante vegetación que se halla por todas partes, justifica sobradamente el título de la *Suiza Española*, con que ha bautizado, no sabemos quien, esa porción de la Península. Lindas casitas blancas con persianas verdes y rojos tejados, hasta cuyos aleros trepan atrevidas la olorosa madre selva, la blanca clemátide y la aterciopelada yedra, parecen surgir de entre un mar de verdura; tan rodeadas están de sembrados de

maiz, de bosques de manzanos y de copudas castañas. Aquí un arroyo que murmura, mas allá un jazmin silvestre, cuyos flexibles tallos se enlazan á las añosas ramas de un viejo olmo vistiéndole con sus galas; mas lejos un riachuelo que se esconde detrás de las elevadas y lustrosas hojas de un cañaveral, para reaparecer despues regando un vallecito sembrado de campanillas azules y doradas caléndulas. Nada falta al cuadro; ni siquiera las pintadas vacas que representan la parte viva de tan bello panorama, disfrutando con una tranquilidad verdaderamente primitiva, del continuado banquete que les brinda la pródiga naturaleza.

Muy descontentadizo seria, en verdad quien, pudiendo sustraerse por algunas semanas á los molestos calores que se disfrutan durante el estío en la muy noble y muy heróica Villa de Madrid, no creyera hallar en San Sebastian un punto de recreo agradable y cómodo; y nos parece por demás censurable ese eterno afan que tenemos los españoles de elogiar las bellezas del extranjero con menoscabo de las propias. Pero dejandò digresiones que no son de este lugar, volvamos à ocuparnos de la hermosa capital de Guipúzcoa para llegar al relato de lo que promete el

epigrafe de nuestro artículo, cuento, drama ò leyenda, como mejor le plazca bautizarlo al lector.

Entre los mil y un defectos con que plugo à la naturaleza dotar à mi humilde persona, uno de los mas marcados es el cansancio moral. La vista del pais mas delicioso, el cielo mas diáfano y puro, la música mas melodiosa, el espectáculo mas sorprendente, no han logrado jamás fijar mi atencion durante mucho tiempo, y esta necesidad de variar de sitio, de ocupacion y de objeto, es en mí tan imperiosa, que hasta la salud se resiente sino puede satisfacerla. Hecha esta aclaracion fácilmente se comprenderá que à las tres semanas de hallarme de temporada en San Sebastian, à pesar de todas las bellezas que, de aquel sitio, llevo enumeradas, estaba ya soberanamente fastidiada, de las alamedas, de los paseos, del Arenal, de la Concha y de todos los puntos, en fin, que sirven de recreo à los bañistas. Sabia ya de memoria la música que se tocaba en los conciertos del casino de Casaal, y en los del palacio de Indo, las conversaciones con que se amenizaban los descansos, las contradanzas, lanceros y virginias que se bailarian todos los dias durante la temporada; las funciones tea-

trales que habiau de tener lugar, y hasta el color de los trajes de los concurrentes; sin que por eso se entienda que no eran variadísimos y elegantes; pero que se sabe hasta donde pueden recordarse los detalles cuando el círculo es limitado.

Los dias durante la estacion en el campo, parecen estremadamente largos, en razon á que se levanta nno casi con el alba, y que el tocador consume muy poco tiempo. Por esta causa á los veinte dias de baños habia tenido ya, se un llevo dicho, lugar sobrado para visitar repetidas veces todas las curiosidades de la poblacion y del campo. Solo habia un sitio al que hasta entonces no me habia á llevar mi curiosidad: este sitio era el muelle.

El muelle de San - ebastian en razon á la poca profundidad de su puerto, no dá abrigo, sino muy raras veces, á buques de alguna importancia; y por lo general solo se vén en su fondeadero pequeñas embarcaciones destinadas al trasporte de carbon, piedra y maderas; algunas goletas de pesada construccion y su io velámen, y cuando más algun bergantin goleta, que muestra orgulloso su esbelto aparejo entre las vergonzosas jarcias y negros pilos de la goletas carboneras y los lanchones pescadores. Es' o, uní lo al

olor acre de la marina que, en la baja mar, y cuando las rocas descubiertas son heridas por el sol, se exhala de todos los recodos y vueltas del muelle, hace que se alejen de aquel sitio los paseantes, y que muy pocos bajen hasta él. Esta misma causa me habia detenido, hasta que el fastidio, y el deseo de cambiar de objetos, me llevaron à visitarlo pocos dias antes de dejar la poblacion; y esta visita es la que, á su vez, ha dado lugar á las líneas que llevo escritas, y á las que aun añadiré para referir la dramática escena de que fui testigo.

Habia escogido para mi paseo por el muelle una mañana en que el cielo, cubierto de pardas nubes, que se reflejaban en el mar, imprimia á todo cuanto me rodeaba esa tinte melancólico que tan bien armoniza con el ronco mugido del Oceano. El encanto de la novedad me habia hecho olvidar por completo que muy pronto la lluvia comenzaria á caer y me seria imposible subir á la ciudad. Con efecto, cuando mas distraida me encontraba, inspeccionando esos mil objetos cuyo nombre y uso ignoramos los habitantes de las ciudades del interior, una lluvia menuda y casi imperceptible empezó à humedecer mis vestidos, y dos minutos des-

pues, las nubes parecían juntarse con las olas, convirtiéndose el aguacero en un verdadero diluvio. Apresuradamente corrí á refugiarme bajo el techado de una especie de galería, distante como cien pasos del parapeto de muelle. Esta galería, que está formada por una veintena de casas, adheridas á la alta montaña en que se halla construido el fuerte, ó castillo como vulgarmente se llama, merece una ligera descripción.

Aquellas miserables viviendas, compuestas de un solo piso, sostenido por gruesos pilares de madera, son todas de la misma pobre apariencia, y se hallan alumbradas por pequeñas ventanas, simètricamente abiertas entre fachada principal que mira al mar, y tienen todas, invariablemente, los bastidores y los postigos de madera pintados de encarnado oscuro, lo que, de lejos, les dá el aspecto de una gran jaula. En cuanto á su parte posterior, ya lo hemos dicho, están adheridas á la roca, y ésta, á la vez, les sirve de tapia y de cimiento.

Paralelo al tejado de estas humildes viviendas corre el sólido pretil de granito, destinado á defender del vértigo á los atrevidos visitantes del castillo; y al mismo tiempo á detener la tierra vegetal que se desprende de

la montaña, tierra que la naturaleza ha utilizado, depositando en su seno el gérmen de múltiples flores, y festonando con ellas el orgulloso pretil y la misera techumbre.

Bajo el soportal, formado por las casas descritas era, según ya he dicho, donde me había guarecido contra la lluvia, que amenazaba convertirse en una verdadera tempestad. Mil cintas de fuego comenzaban á cruzar el horizontes en todas direcciones rasgando las pardas nubes; pavorosos truenos, repetidos por las cavidades de las próximas rocas, parecían conmover hasta en sus cimientos la gigantesca montaña en cuya cima se halla situado el faro, y el terror empezaba á pintarse en el semblante de las pobres gentes que, como yo, se encontraban bajo el techo. Los mugidos del mar hinchaban las olas hasta convertirlas en montañas de verdosa espuma, y las pobres barquillas pescadoras que se hallaban en alta mar, saltaban como delfines perseguidos, arrancando gritos desgarradores á la mayor parte de las pobres mugeres que estaban junto á mí, las cuales tenían en aquellas frágiles embarcaciones, á sus padres, hermanos ó maridos.

Por mucha que fuera mi agitación ante aquel sensible espectáculo, no podía menos

de mirar á mi alrededor, para apreciar los detalles de una escena tan nueva para mí; y no fuè pequeña la sorpresa que experimenté al ver que, á algunos pasos de aquellas mismas gentes tan aterrorizadas, una jóven, como de veinte años y singularmente hermosa, se hallaba sentada en el suelo con la mayor tranquilidad, y apoyando su espalda en el marco de la puerta de una casa, parecia entregarse con extraña complacencia á un trabajo imaginario, pues sus dedos figuraban tejer una red, sin duda, pero de hilos visibles solo para ella.

Mientras yo me entregaba al evámen de la jóven, la tempestad hizo una pausa, y el cielo se aclarò por algunos puntos, calmándose tambien las irritadas olas. Los ánimos afligidos de aquellas pobres gentes recobraron la tranquilidad, y aprovechando yo la trégua que la tormenta parecia conceder, me dirigí á una anciana que estaba á mi lado, preguntándola quien era aquella criatura que tan tranquila parecia en medio de la consternacion general.

—Es Blanca, *la loca*, contestó una muchacha que habia oido mi pregunta.

— ¡Blanca, *la loca*! dijo á su vez la an-

ciana. Creerás haber dicho algo á esta señorita ¿no ves que es forastera?

—Tiene V. razon, buena muger, dije yo: soy forastera y nunca, hasta hoy, he bajado al muelle, por lo cual es la primera vez que veo á esta jóven á quien V. ha llamado Blanca, y cuyo nombre nada me dice. ¿Con que está loca? ¡Pobre niña! ¿Sabe V. que es muy hermosa?

—Hermosa y buena, señorita, añadió la vieja. ¡Oh! si la hubiese V. visto antes de la muerte de su padre y de su hermano! Era la mas gallarda doncella del muelle y del puerto. Nadie con mas gracia que ella bailaba los domingos nuestros *xorcicos*, y nadie con mas primor tejia y arreglaba las redes los dias de la semana. ¡Pobre Blanca! Mírela V.: aun se figura que está trabajando; y al decir esto, la anciana me señalaba los dedos de Blanca, que seguian en su tarea invisible.

—Y ¿cuál es la causa de que esta infeliz perdiera la razon? dije yo, dirigiéndome siempre á la vieja.

—Una muy natural, señorita. La pérdida del bergantin «El Angel» y de la lanchita «La Blanca», donde perecieron su padre y su hermano.

—Y su novio, añadió la muchacha que había hablado al principio.

— ¡Calla! ¡envidiosa! dijo entonces la vieja. Blanca no quería à Gregorio; y no tenía la culpa si Gregorio no te miraba á tí por seguir el rumbo de los ojos de Blanca; y si la pobre niña se ha vuelto loca, es por que ha visto salir del muelle la lanchita color de cielo que se llevó á su buen padre, y no la ha visto volver. ¡Pobre Blanca!

—¿Parece que quiere V. mucho á la loca? dije yo para cortar la discusion entre ella y la moza, y ver si de este modo sacaba alguna luz, sabiendo por que aquella jóven, por quien ya me interesaba, habia llegado á la triple desgracia de quedar huérfana, abandonada y loca.

—Si, señora, me contestó la anciana: la quiero porque siempre fué buena hija, muy caritativa para con los pobres, y sobre todo, porque creo que es una gran desgracia que se haya apagado en su alma la luz de la razon, con lo cual ha quedado expuesta á todas las miserias y trabajos de la vida.

—Y ¿quién cuida de ella? porque está muy aseada y bien vestida, conteste, mirando las ropas de la demente, sus manos perfectamente limpias, y sus hermosos

cabellos peinados hasta con cierta coquetería.

—¡Oh! señora! prosiguió la vieja: si se exceptúa Juana, que es esa muchacha que V. ha visto, y que cree tener motivos para aborrecer á Blanca, todas las vecinas del muelle nos disputamos el placer de cuidarla, y hasta es una obligacion; por que ¿quién no la deberá algo? Y, sobre todo; ¿no murió su padre por salvar á los marineros del «Angel», que todos eran hijos de estas costas y algunos de este mismo muelle?

—¿Quiere V. contarme eso, buena mujer? dije á la vieja poniéndola una moneda de plata en la mano.

—Con mucho gasto, señorita; aun cuando no tenia necesidad de darme dinero para eso, pues cualquiera se lo diría á V. de balde. De todas maneras, Dios se lo pague á V. Yo soy una pobre vieja, y ya no veo para hacer nudos en las redes con el primor de otro tiempo, y tengo que vivir de limosna; pero mis buenos vecinos no me dejarían morir de hambre; y cuando la pesca es mala, lo mismo que cuando es buena, nunca falta un pescado y un pedazo de pan para la madre Clara.

—Pues bien, señora Clara, yo prefiero

que V. me cuente cómo esa pobre niña perdió la razón, y por qué no han tratado de devolvérsela entregándola en manos de los médicos.

— ¡Jesus, señora! Eso jamás! gritó alarmada la madre Clara. Nuestra pobre Blanca no iría á morir á una casa de locos. ¿Para qué? ¿para que la matáran á golpes y la pusieran una camisa de cuero que la desgarrára las carnes? ¡pobrecita! Dejádla en paz hasta que Dios quiera llevársela al cielo, donde la esperan su padre y su hermano. Además, ella no se mete con nadie, y no hace otra cosa que figurarse que está tejiendo redes, para que su padre coja hermosos pescados, recorriendo las costas con su lanchita «La Blanca».

—Casi tiene V. razón, dije yo á la anciana; pues no sería mas feliz esa pobre niña, si recobrando el juicio, conociera toda la estension de su desgracia. Vamos, refiérame V. lo que aconteció cuando el naufragio de «El Angel», porque supongo que naufragò ¿no es verdad?

—Sí, señora, y á la vista del puerto, lo cual es doblemente doloroso.

—»Pues es el caso que, hace cinco años,

en 1864, salió de este puerto un hermoso bergantín goleta, no muy grande, pero gallardo, y ligero como una gaviota, cuyas alas parecían las blancas velas, desplegadas entre el luciente sordaje recién embreado, y los esbeltos mástiles, pintados de rojo, azul y blanco. Llevaba un rico cargamento, y lo tripulaban bravos muchachos, hijos todos de esta costa, unos de Pasajes, otros de Irun y Fuenterrabia y el resto de este mismo muelle.

»Debian hacer un viaje de ida y vuelta a la Habana; y todos iban contentos, porque llevaban buen buque, buen piloto y buenos sueldos. Entre ellos marchaba Santiago, el hermano de Blanca. Cuando se despidió de su padre y de su hermanita, que entonces apenas tenía diez y seis años, le entregó al señor Juan, que así se llamaba, todo el dinero que le habían dado por su enganche durante el viaje a la Habana, y le dijo abrazándole:

«Vaya, adios, padre: esto es para que V. no salga á pescar en los malos dias. A mí nada me hace falta; y aun creo que he de ganar á bordo con que comprarle un vestido á Blanca, pues sabe V. que yo soy mañoso, y que mis compañeros me quieren,

—19—

y se valen de mí para las cosas que ellos no saben hacer,

»Entonces abrazó también á su hermanita, y pasó al bote de embarque, volviendo la cabeza para mirar aun una vez á las personas queridas que dejaba en esta orilla. ¡Pobre Santiago!

»Tiene V. un excelente hijo, señor Juan, dijeron los vecinos, rodeando al padre de Blanca, luego que «El Angel» se hubo perdido entre la bruma. Tiene V. un excelente hijo ¿con qué desprendimiento le ha entregado á V. su enganche sin reservarse nada!

—»A fé que no se emborrachará, dijo uno.

—»Ni jugará, contestó otro.

—»Y hará bien, añadió un tercero. De ese modo le estimarán sus jefes y sus compañeros, y hallará siempre buenos enganches.

—»Tambien mi hijo me ha dado su cuota, dijo una viuda vecina nuestra, pero se ha quedado con una parte. Esto es muy natural: cuando desembarque necesitará algo. De todos modos, señor Juan, debe V. darle gracias á Dios, por haberle concedido unos hijos tan buenos; porque tambien Blanqui-

ta es muy dócil y hacendosa, y le cuida á V. con todo el esmero de una muger formal.

— De modo, señor Juan, dijo Miguel, un pescador que vive a'lá abajo, que cuando el charco esté negro no saldrá V. á la pesca, puesto que tiene dinero.

— ¡Quia, hombre!, contestó el señor Juan: ¿cómo había yo de hacer eso? creerian las sardinas y las chiebarras que les tenia miedo. Ya verás que empleo doy yo á los duros de Santiago, añadió, haciendo sonar las monedas que aun tenia en la mano envueltas en un pañuelo de madrás. Ahora mismo voy á ver á mi compadre á la calle del Campanario, y ya verás lo que hago.

• Con efecto, el señor Juan fuè á ver á su compadre, que es un hábil constructor de lanchas, encargándole que le hiciese una con tales y tales condiciones; y casi todos los dias, cuando la pesca le dejaba una hora libre, el padre de Blanca hacia una visita á la calle del Campanario, para ver los adelantos de la obra.

• Por fin la lancha se concluyó y ya solo faltaba ponerla su traje de gala, y saber como habia de llamarse: es decir, pintar el casco y escribir un nombre en grandes letras.

»Un domingo por la mañana, el señor Juan, citó á todos los vecinos del muelle para despues de la misa mayor; y entre unos cuantos mozos trajeron la hermosa lanchita, coqueta como un zapatito de novia. Estaba pintada de azul, con anchas fajas blancas, y sobre las bandas tenia escrito con grandes letras encarnadas el nombre: se llamaba «Blanca». El buen padre la habia mandado construir pensando en su hija: la habia puesto su mismo nombre, y mandado pintar de azul, como los hermosos ojos de su querida niña. Pobre señor Juan! Pobre Santiago! Pobre Blanca!

»Reunidos los vecinos, segun ya he dicho á V., el señor Juan, les mostró orgulloso «La Blanca», que todos se apresuraron á elogiar; y despues de haberles hecho beber algunas botellas de sidra, y dándoles las gracias por sus elogios—esta es para el dote de mi Blanquita—les dijo, y este, como debeis suponer, el empleo dado al dinero que me dejó Santiago antes de marchar á la Habana: yo soy fuerte y aun puedo trabajar.

—»Mi padre querido! dijo Blanca, abrazándose al cuello del marinero; ¡cuánto me quiere y cuánto lo quiero yo!

—»Y ¿cuándo piensa V. botar al agua

«La Blanca»? dijeron algunos pescadores.

— «¡Oh! eso no será hasta que vuelva «El Angel.» Quiero que se estrene yendo á buscar á Santiago; y para ese día convidó á estas hermosas niñas para dar un paseo en «La Blanca», siempre que se pongan sus trajes de los domingos.

—»Si, si, padre Juan, dijeron todas las muchachas.

»La Blanca» fué cubiérta con dos ó tres velas viejas para preservarla del sol hasta su estreno, y cada uno volvió á sus tareas.

»Quince dias despues una vela se descubrió en alta mar. Por las noticias recibidas debia ser «El Angel», que regresaba de la Habana, cuyo viage redondo apenas habia durado cuatro meses.

»Era una hermosa mañana del mes de Setiembre. La mar estaba tranquila como un espejo. «El Angel», pues era él, se deslizaba sobre las ondas, apenas rizadas, como se pasea un cisne sobre un estanque. Traia algunas velas desplegadas; pero bien podiera creerse que era por pura coqueteria, pues no habia casi ni el viento necesario para hincharlas. Apenas le separaban ya del puerto una ó dos millas, cuando una violenta racha de viento comenzó á hinchar las olas, le-

vantándolas hasta los primeros pisos de las rocas, que lamian con sus aguas saladas.

»V. no sabe, señorita, continuó la madre Clara, lo temibles que son en esta costa las tempestades blancas, como las llaman nuestros marineros. Estas rachas, á cuyo soplo se embrabece el mar, como un caballo que sintiera la herida de una espuela invisible, causan cien veces mas estragos que las tormentas como la que hace poco hemos estado presenciando. Estas, con sus negros nubarrones, sus truenos y sus relámpagos parece como que avisan, para que se las tema; pero las otras son traidoras, y sepultan un barco en el mar con toda su tripulación mientras luce en el cielo azul un sol hermoso y dorado.

»Desde muy temprano, «La Blanca» habia sido botada al agua. El señor Juan habia dado en ella dos ó tres vueltas por todos los canales del muelle; habia salido al mar y pasado las primeras boyas; se habia, por fin, enterado de sus buenas condiciones, y luego, llamando á su hija —vamos, Blanca, la dijo: avisa á tus amigas que ya está aquí «El Angel».

»Blanca hizo lo que su padre la mandaba: luego entró en su casa, y fué á vestirse su

traje de los domingos; pero entre tanto, un sordo rumor, que parecía venir de las profundidades de la tierra, comenzó á sentirse: era la racha.

»El señor Juan era un bravo y entendido marinero, que no ocupaba la plaza de piloto en un buen buque, porque habia prometido á su muger en la hora de la muerte no separarse mas adentro de su pequeña Blanca, que quedaba en la cuna; pero no por eso habia olvidado el oficio. Asi pues, tan pronto como se apercebì del peligro, empezó á reunir á las pocas marineros y pescadores que se hallaban en el puerto.

—»Hijos míos, les dijo, si «El Angel» se aproxima unas cuantas brazas mas, está perdido. Este temporal no es temible para las embarcaciones pequeñas; pero el bergantín, de seguro, zozobrará. Preparad los botes, y estemos dispuestos para socorrer á nuestros hermanos.

»Todos los marineros respetaban y querían al señor Juan, por lo cual ninguno pensó en negarse, y se pusieron á trabajar en silencio.

»La mar continuaba cada vez mas furiosa, y el cielo se habia ido cubriendo de una li-

jera gasa blanca, tan tènue, que apenas se percibia.

»Cuando Blanca se hubo puesto sus vestidos de fiesta, volvió á donde estaba su padre de piè é inmóvil, contemplando con mirada inteligente como avanzaba «El Angel» hácia el puerto.

—»Y bien, padre mio, dijo la niña ¿nos embarcamos?

—»Volvióse buiscamente su padre, como si despertase y tomándola por la mano, andó á tu cuarto, hija mia, la dijo, besándola en la frente, y reza por los pasajeros y la tripulacion de aquel buque que ves allí, y reza tambien por tu padre y por tu hermano. Y diciendo esto, saltó á la «Blanca» con otros tres marineros y se hizo á la mar.

»¡Pobre «Blanca»! ¡Tan gallarda, tan coqueta, y con tanto esmero construida! ¡Quién dijera que aquel tu primer viaje habia de ser el último!

»¡Pobre niña! ¡quién te dijera que aque- beso, que tu buen padre depositó en tu frente, se habia de llevar la luz de tu razon.»

Aquí, la anciana Clara, se interrumpió para enjugar sus ojos llenos de lágrimas.

— ¡Qué más le dirè á V., señorita, continuó: yo no sabria pintar todos los esfuer-

zos que el señor Juan y los compañeros que le acompañaban, hicieron aquella terrible mañana, que no se borrará de mi memoria mientras viva. «El Angel» naufragó del otro lado de la concha junto á las rocas que puede V. ver desde aquí. Todos los pasajeros y tripulación se salvaron, gracias á los nobles y cristianos esfuerzos del padre de Blanca y sus compañeros. Pero ¡ay! el mar es implacable, y necesita sus víctimas, como el león embrabecido necesita una presa para calmar su furor. Estas víctimas fueron tres, el señor Juan, Santiago su hijo, y Gregorio, buen muchacho, que queria casarse con Blanca, y al que Juana deseaba por marido.

«Cuando todo hubo terminado allá abajo; cuando ya no queda duda de las desgracias ocurridas, la pobre Blanca, que registraba todos los rincones del muelle, è interrogaba á decirle la verdad, se miró á sí misma, se vió vestida de fiesta, recordó, aunque va confusamente, que se habia engalanado para estrenar la nueva lancha que llevaba su nombre, y en la cual debia marchar con su padre y sus amigas á buscar á su hermano querido; y despues de repasar en su memoria, que empezaba á oscu-

recerse, todos estos sucesos, lanzó un grito desgarrador y cayó sin sentido. Cuando volvió en si todo lo había olvidado: la infeliz estaba loca.

»Desde entónces, su constante ocupacion consiste en figurarse que esta tejiendo hermosas redes, para cuando, acompañada de Santiago y de su padre, salga á pescar en la lanchita «La Blanca», que cree no está aun terminada, y casi todos los dias va á la calle del Campanario, para ver si adelanta la construccion, como lo hacia el señor Juan en otro tiempo.

—Y ¿vive de limosna esa pobre niña? pregunté yo á la madre Clara.

—No, señora, me contestó. Además de esta casita, que habitamos las dos, pues yo vivo con ella y que es de su propiedad, la Junta del puerto y de la provincia, que levantó á sus expensas la estatua y la lápida de su padre, la pasa una pension de cuatro reales diarios: con esto la cuidamos y no está mal, como V. vé, pues todos la queremos mucho á la pobrecita.

—Y ¿dice V. que la Junta Provincial ha hecho levantar una estatua á la memoria del padre de Blanca?

—Si, señora; allá arriba en la punta del

muelle. ¿No vé V. aquella reja dorada? Pues allí es.

Diciendo así, la anciana me señalaba con la mano una pilastra de marmol blanco, incrustada en la pared, y cercada de una reja de bronce.

Sobre esta pilastra, que tendrá de altura dos metros, próximamente, está colocado un busto de tamaño natural, que representa un hombre como de cuarenta y cinco ó cincuenta años, vestido con el traje de los marineros del país, y llevando en la cabeza la característica boina. Sus facciones, que, sin duda, un hábil artista ha tratado de perpetuar, revelan la bondad y energía de su carácter, unidos á la rectitud de corazón.

Debajo del busto se lee, en letras de oro, la siguiente inscripcion: *A la memoria de Joni, que murió por salvar los pasajeros del bergantin goleta EL ANGEL, perdido á la vista del puerto el 20 de Setiembre de 1864.*

La Provincia agradecida.

Cuando la madre Clara me indicó el sencillo monumento que acabo de describir, yo me separé de ella para verle mas de cerca, y no reparé si la pobre loca continuaba ó no en el mismo lugar.

El cielo se habia despejado, y un sol ex-

plèndido reflejaba sus rayos de oro en las ondas del mar, tan tranquilo en aquel momento, como si nunca se hubiese alterado su tersa superficie: solo el tiempo invertido por la anciana en el anterior relato habia bastado para borrar toda huella de la tormenta que tanto temor me causára al principio.

Tan severo y apacible estaba el mar, que, en un momento, seis ú ocho botecitos de pesca, fueron lanzados al agua, y los jóvenes marineros, vistosamente ataviados, con sus camisetas encarnadas y sus boinas azules, se entretenían mientras llegaban paseantes, en jugar con los remos, dando pequeños golpes en las cristalinas ondas, y haciendo saltar millares de diamantes sobre el borde de sus embarcaciones.

—¿Quiere V. dar un paseo, señorita? me dijo un viejo marinero, saludando cortésmente, y quitándose la boina, cuando yo pasaba junto á él: mire V., allí tengo una lencha, que es nuevecita como un traje de novia; y la mar está mas serena que el estanque del Buen Retiro de Madrid. Mire V.

Involuntariamente volví la cabeza para mirar hácia donde el viejo me indicaba, y no pude menos de conmoverme. Una pequeña

lanchita nueva se balanceaba graciosamente algunas varas separada de la orilla; y esta lancha, por una singular coincidencia, tenia el casco pintado de azul claro con fajas blancas, lo mismo que, segun me habia referido la madre Clara, lo estaba «La Blanca».

Esto, en verdad, nada tenia de particular, pues tal es habitualmente el color con que se engalanan los botes de paseo. Así lo comprendí luego; y dando las gracias al marinero continué mi paseo. Pero, ay!: otros ojos que los míos habian notado esta semejanza con un recuerdo casi borrado.

La pobre loca habia visto tambien la lanchita nueva, pintada de azul y blanco, y levantándose del quicio de su puerta, se habia lanzado á la escalera de piedra que conduce al mar gritando: «¡La Blanca!» «¡La Blanca!» ¡Ya está ahí Santiago!; y sin dar lugar á que la alcanzasen los que se aperecian de su error, se arrojó al mar, creyendo de este modo alcanzar la embarcacion, cuyo fatal parecido acababa de exasperar su tranquila locura, aclarando á medias sus recuerdos.

Varios pescadores corrieron á salvarla, y lo habrian conseguido, si el peligro no hubiera sido otro que el de ahogarse; pero la desgraciada se habia roto el cráneo al

chocar con el pico de una roca que salia á flor de agua.

La escena que siguiò fué en extremo conmovedora. La pobre anciana Clara, que amaba á la infeliz demente como si fuera su propia hija, se arrancaba los cabellos, dando gritos dolorosos; y en vano tratamos de calmar su angustia cuantos nos hallábamos presentes: la pobre vieja estaba á su vez medio loca por la desesperacion; y yo, á quien el fastidio y el cansancio habian llevado hasta aquel sitio, dejè el muelle en la situacion de ánimo que pueden figurarse mis lectores, aun los menos sensibles.

FIN.



LA CAJA DE HIERRO.

No esperen mis amables lectores, que detrás del título que precede á las líneas que voy á trazar, se escondan misteriosas aventuras, ni expeluznantes escenas, á manera de las que, en sus misterios de Udolfo, presenta «Ana Radelif, ni mucho menos crean hallar dentro de «La Caja de Hierro», que para justificar el epigrafe de mi cuento debe aparecer en su trama, algun descompuesto cadáver, algun puñal manchado con la sangre de alguna victima, ni algun veneno preparado por la mano de la venganza.

Nada de cuanto dejo dicho encierra la ci-

tada caja; sin que por eso deje de ocultar un misterio y un drama, pero un drama sin sangre ni puñales; drama en que la víctima fué un corazón, demasiado sensible tal vez, y drama, en fin, que llegó á mis oídos de los labios mismos del principal de sus personajes, adornado de algunos dichos graciosos, que alejaban desde luego toda idea de terror.

Como pudiera suceder que la manifestación que llevo hecha alejara de vosotros el deseo de continuar leyendo estas desatinadas páginas, creo de mi deber advertiros que haríais mal, sobre todo vosotras, bellas lectoras, y no por eso me tacheis de inmodesta antes de oirme.

Digo que haríais mal, arrojando estas páginas sin leerlas, por que en ellas quizá encontrareis una lección provechosa que pudiera servir en los asuntos del corazón.

¿A quien de vosotras no interesará recoger una arma defensiva, que sirva de dardo arrojadizo para vuestro enemigo, ó lo que es lo mismo, para vuestro amante? Pues bien, eso será lo que hallareis dentro, sino de la caja de mi cuento, en el cuento mismo. Ahora seguidme hasta el fin, pues ya sabéis que hay amores en el asunto.

En los primeros años en que yo me dediqué á escribir para el público, contaba entre mis amistades, con la de una dama de alto coturno que, sumamente aficionada á las letras, me animaba en mis tareas, y solia tener conmigo acaloradas discusiones, en las que no era yo quien quedaba mejor librada; pero solia vengarme, tomando de su chispeante conversacion, ó de sus oportunas ocurrencias, ideas que me ayudaban en mis trabajos sirviéndome de asunto para ellos.

Varias veces habia ocurrido esto, y yo llegué á persuadirla que buscábamos mutuamente las disputas con este objeto.

—Sofía, me dijo una mañana la señora de quien me ocupo: ya de hoy en adelante no cuestionaremos mas, puesto que tenemos descubierto el juego; pero no por eso renunciò á la parte de gloria que me pertenece al ser su colaboradora en la parte intelectual.

—Señora, le contestè yo, entre risueña y grave: la gloria es de V., no por parte, sino en absoluto.

—Menos cumplidos, replicó, y vamos al caso.

—V. dirá.

—Supongo que, siendo V. jóven, espi-

ritual, y de un carácter, apasionado, no le será indiferente la cuestión del amor; cuestión de suyo harto espinosa, y que cada día amenaza serlo mas, merced á la forma de que hoy la vamos revistiendo con nuestro afán de utilizarlo todo, hasta el corazón.

— Señora, la dije, mándola con asombro ¿será V. por ventura, retrógrada con tan claro talento?

— Veo que no me esplico.

— Entònces, no adivino á donde pretende V. llevarme con este exordio.

— Ahora va V. á saberlo.

He dicho que tratamos de utilizar el corazón, por que queremos que se expresen las pasiones con formas acadèmicas, y creo, que al ponerse en práctica tan ridícula pretension, estamos despojando al amor de su verdadera poesia; y como la poesia sea hermana gemela del sentimiento, dudo mucho que se avengan à vivir separadas, de lo cual saco en consecuencia, que si el amor es la esencia del sentimiento y de la poesia, desapareciendo la causa, desaparecería tambien el efecto, ó lo que es mas claro, creo que el amor ha muerto, ó por lo menos ha huido de entre nosotras.

— Metafísica está V. le dije, con algun

tanto de ironía. Tan sutiles me habían parecido sus argumentos.

—Metafísica ò no, leo en los ojos de V. que ya vacila en sus anteriores creencias, y que está muy cerca de adherirse á las mías; pero volvamos al asunto. ¿V. conoce á la simpática Amelia de Sandoval?

—Si, á fe; y hasta me honro con su amistad.

—Pues bien; ¿no ha notado V. algo oscuro en el semblante de Amelia? ¿Le pesaría á V. acaso levantar un poco la punta del misterioso velo que cubre esa oscuridad? ¡Cuidado! que hablo con la escritora; de ningun modo con la mujer; por que creeria ofender á V. suponiéndola el deseo de conocer los dolores secretos de una amiga para otra cosa que para consolarlos.

—V. me hace justicia, respondí, completamente satisfecha de la anterior explicacion. V. me hace justicia; pero no adivino á donde nos llevará esta discusion.

—Esta discusion nos lleva, en primer lugar á tranquilizar á V. con respecto á los supuestos dolores de Amelia, que no es desgraciada, ni tiene motivos para serlo, puesto que es rica, jóven, hermosa, y tiene además un esposo que la ama, y una hija que

es su encanto. Antes de pasar adelante la diré, que lo que V. ha creído ver en el semblante de nuestra amiga, no es el dolor, sino la espresion estereotipada de un momento crítico de su vida, y que cuando ese momento pasó, la huella gravada por él habia sido profunda, que no ha bastado el trascurso del tiempo para borrarla por completo.

Mucho celebro que no existan esos dolores que, á decir verdad, habia yo creído vislumbrar en la existencia de Amelia; por que, mujer de gran corazon y de claro talento, me es sumamente simpática, y concediéndola de buena fe las cualidades que acabo de citar, sus penas, en el caso de tenerlas, serian profundas, y de esas que forman época en la vida.

—Ha puesto V. Sofía, el dedo en la llaga segun costumbre, me dijo mi interlocutora. Yo conozco el episodio de que se trata; mas prefiero que la misma Amelia se lo cuente; porque aseguro á V. que lo hace con gracia singular, y que en sus lábios pierde el aspecto dramático que tendria en los míos, convirtiéndose en una provechosa leccion, aplicable en mas de un caso de sensibilidad excesiva, enfermedad muy propia para ser

curada con el cáustico. A V. le toca despues dar las formas aceptables; cosa que le será tan fácil, y heme aquí continuando en mi parte de colaboradora.

—Lo haré con mucho placer, tanto mas, cuando el trabajo que me reserva es tan leve; pues narrado por Amelia, con toda la elegancia que presta siempre á su conversacion, so'lo me restará trasladarlo al papel.

—Pues; y cambiar los nombres. crear episodios que sirvan de marco al cuadro, y, en fin, lo que antes dije, darle forma.

—Se engaña V. en cuanto á los episodios; y me veo en la necesidad de insistir en que mi parte de trabajo no vale la pena, siendo todo de V., pues el marco del cuadro será este diálogo que hace media hora estamos sosteniendo.

—Es una feliz ocurrencia, y que hace honor á su buena imaginacion, tan apropósito para sacar partido hasta de las cosas más vulgares.

Por el contrario: eso lo que prueba es que no siendo mi fuerte la inventiva, procuro aprovecharme de la amabilidad de V.; mas vamos al hecho. ¿De que medio debo valerme para provocar una confianza, con

la que hasta hoy no parecía Amelia dispuesta á honrarme, á pesar de nuestra amistad?

—Déjelo V. de mi cuenta. ¿No ha visto V. entre los dijes de tocador de Amelia una cajita de hierro, de forma singular y bastante extraña, para figurar entre las bagatelas de una mujer elegante?

—No, á fé.

—Pues allí está, y ella es la depositaria del secreto. Si Amelia no ha hablado de él es sin duda por qué, no habiendo V. reparado en la citada caja, hubiera aparecido oficiosidad de su parte, ó bien porque supone que ya se lo ha referido.

—Confieso que ha excitado V. en alto grado mi curiosidad, dije, por fin, á mi amiga; y no sé si tendré paciencia un día más. Tengo un grave compromiso con cierta amiga, á quien he prometido una anécdota para su semanario, y no hallándome muy en vena, es un verdadero servicio el que V. vá á prestarme, dándome asunto que me salve á tan poca costa. Corro á casa de Amelia, y es'oy dispuesta á buscar un pretesto cualquiera para saber este misterio.

—No hay necesidad. Esta noche vamos juntas al teatro; invitaremos á la de Sandoval, y su desco quedará satisfecho. Entre

tanto, prepárese V. á escuchar la definición mas original del amor, de cuantas se han hecho desde Ovidio hasta nuestros dias.

Mucho; lo confieso, me habia llegado á interesar la aventura en cuestión; y no menos el contenido de aquella misteriosa cajita de hierro que, segun añadió mi amiga, hacia más de diez años que figuraba entre los elegantes dijes del tocador de Amelia, que contaria en aquella fecha algo más de treinta años de edad.

Por fin, llegó la noche, y la señora de G. y yo nos presentamos en casa de Sandoval para rogar á su esposa que nos acompañase al teatro.

Como era natural, al aceptar Amelia, tuvo que hacer alguna variacion en su trage, y la señora de G., que habia de antemano contado con esta circunstancia, la ofreció sus servicios para colocarla algunas flores en los cabellos. Pasaron las dos al tocador, invitándome á seguir las, invitación que yo no me hice repetir. Como debe suponerse, al penetrar en la pieza de vestir, mi primera mirada se dirigió á la cònsola que, colocada debajo de una soberbia luna de Venecia, contenia mil caprichosos dijes de cristal de Bohemia y ligera porcelana. Entre ella, y for-

mando un conjunto bastante inarmónico, apercibí el cuerpo del delito, ó lo que es lo mismo, «La Caja» guardadora de la anécdota que yo ansiaba conocer.

Era el juguete en cuestión una especie de urna cineraria sostenida por cuatro garritas de león, y con la cubierta adornada de dibujos dorados sobre fondo negro, que parecían representar caracteres arábigos ó egipcios. El total de su tamaño era algo menor que el de un targetero común,

—Amelia, dijo la señora de G... dirigiéndose francamente á la de Sandoval: Amelia, aquí tiene V. á Sofía, que desea conocer de que manera juzga V. el amor, y sobre todo el valor real que debe tener á nuestros ojos este sentimiento, cuando por una fatalidad ha sido mal colocado. V. sabe que Sofía es algo excéptica en el fondo; pero no es la mujer quien está delante de nosotras en este momento. Harto sabido es que el poeta y el escritor tienen un doble ser, que, algunas veces, difiere bastante entre sí. Valida de la amistad que mutuamente profeso á ustedes dos, he hablado con nuestra jóven escritora de un secretito de V., que no lo es para mí; y deseo que se lo refiera, para que dándole la forma de uno de sus gra-

ciosos cuentos, pueda circular. V. no es egoísta, y por consiguiente, no querrá que se pierda el fruto de su experiencia.

—¿Y por qué no ha referido V. á nuestra amiga eso que V. llama mi secreto? dijo Amelia con tranquilidad á la señora de G... Demasiado sabe V. que podia hacerlo sin pecar de indiscreta.

—Amelia, exclamé yo, interrumpiéndola: nuestra amiga asegura que la anécdota, referida por V. adquiere una originalidad encantadora; y además, que ninguna violencia necesita hacerse para ello; pero si así no fuese, ruego á V. dè al olvido una indiscrecion que yo, por mi parte, no me perdonaré jamás.

—¡Oh, no lo crea V.! me respondió: la herida está bien cerrada: la disusion es una gran medicina; pero veo que V. se impacienta, y voy á comenzar

Entónces, aproximándose al mueble que contenia los juguetes de tocador, tomó con mano segura la cajita de hierro, de que antes he hablado, y levantando la cubierta, nos mostrò su contenido.

Allí, sobre un papel de seda, habia una pobre flor, á quien la mano del tiempo le hallaba muy próxima á convertirse en polvo

imperceptible. Por la forma y el color parecía un capullo de rosa de Alejandria, pues su cáliz, que debió ser de un verde terso y brillante, como la esmeralda, estaba entonces del color del ébano pulimentado. En lo corto del tallo se adivinaba que una mano fébril lo habia separado bruscamente de uno de esos graciosos grupos de flores naturales con que adornaban algunas veces las mugeres de gusto delicado sus trajes de baile, à sus perfumados cabellos.

Apenas me hubiera atrevido à tocarla, por temor de que se deshiciera entre los dedos; y por otra parte, el respeto que me han infundido siempre los recuerdos, separaba de mi toda idea de profanacion. Sin embargo, algo me decia que, à poder examinar detalladamente aquella rosa marchita, la mitad del secreto no lo hubiera sido para mí.

Un suspiro de satisfaccion, y una sonrisa mas caustica que triste, entreabrió los labios de Amelia.

Cuando la caja volvió à quedar cerrada, comenzó entonces el siguiente relato, que muy poco, ó nada he cambiado yo, si se exceptuan los nombres de los personajes.

—«No voy à referir à usted, amiga mia, ni un drama, ni una novela: es nn simple

episodio de tantos como tiene la vida de la muger colocada en ciertas situaciones, es decir, de la que es jóven, medianamente bella, que ocupa en el mundo una posicion conveniente, y que además está unida á un esposo bueno, amable; pero que tal vez confia demasiado en estos dotes, sin cuidarse de ese caudal de sentimentalismo de que se halla dotada toda muger jóven; caudal que es necesario ayudarla á gastar en provecho propio, para que no pueda hacerlo mas tarde en beneficio ajeno.

»Al unirme yo á Sandoval, lo confieso, no estaba ni con mucho apasionada de él; mas tampoco amaba á otro, lo cual hizo que prestara mis juramentos al pié de los altares con la conciencia tranquila.

»Siendo yo la primera en reconocer sus buenas prendas, pronto nació en mi pecho un sentimiento de cariño, al que iba unido la mas grande estimacion, y nada parecia mas difícil que turbase la armonia que reinaba entre nosotras. Sin embargo, la posicion, los intereses, los círculos, los negocios, y otra porcion de asuntos, me privaban muy amenudo de la amable compañía de mi esposo, entregándome en cambio á mi misma con demasiada frecuencia.

»Por una singular casualidad, el cielo me negó la sucesion en los primeros años de mi enlace, puesto que hasta los cuatro no di á luz á mi Luisa, y por consiguiente, falta de serias ocupaciones, el tocador, el paseo y algunos libros, constituian todos mis entretenimientos.

»Tres años llevaba ya de matrimonio, y sin sospechar siquiera el fastidio, esa enfermedad moral, que tantas víctimas tiene á su cargo, sobre todo de nuestro sexo, gracias á lo vicioso è incompleto de nuestra educacion, se iba apoderandó de todo mi ser, enervando mis fuerzas, y predisponiendo mi espíritu á la irritabilidad. Habia entrado en ese periodo en que la muger se cree sacrificada, y se queja de no ser libre, cuando lo que le pesa es esa misma inoportuna libertad que le otorga aquel á quien ella ha hecho su dueño y señor.

»Tal era, pues, la disposicion de ánimo en que me hallaba, cuando en casa de la generala de Melgar, mi tia política, me fué presentado una noche un Teniente de navio, llamado Carlos Alfieri, que se hallaba de paso en esta corte. Era jóven, simpático, de fino trato y regular talento. á juzgar por las cortas frases que cambié

con él en esta primera entrevista.

» Varias veces volví á casa de mi anciana tia, y en casi todas hallé en ella á Carlos, lo cual, hasta cierto punto, vino á establecer intimidad entre nosotros. Un dia que, como venia ya sucediendo muchas veces, nos hallábamos solos en el salon de la generala, por haber llegado ambos á la tertulia demasiado temprano, mi tia estaba entretenida en arreglar las flores de una jardinera, y la conversacion, reducida á monosilabos, habia decaido hasta convertirse en silencio. Siendo yo casi de la casa, en mi calidad de parienta, era un deber mio hacer los honores, y, por decir algo, pregunté al señor de Alfieri si era italiano, segun parecia indicarlo su apellido. pues mi tia, en la presentacion no habia entrado en detalles

—En efecto, señora, me contestó: soy florentino de nacimiento; pero español por educacion y por deseo. Mi padre emigró de Italia cansado de sufrir injustas persecuciones, y me trajo consigo siendo yo aun muy niño; en cuanto á mi madre no la he conocido, pues murió al darme á luz.

—Supongo, le dije, siempre con el fin de dar asunto á la conversacion, supongo, que

por muy grandes que sean las quejas que su señor padre tenga de su pátria, V. habrá sentido mas de una vez el deseo de volver à ella; no se renuncia facilmente á un pais tan bello. Cuando se lleva el cèlebre apellido del autor de la «Divina Comedia», se debe ser poeta por intuicion; y la Italia es la cuna de la poesia. Su cielo, siempre azul; sus floridas campiñas; sus templadas brisas, y hasta sus terribles volcanes, la colocan en un lugar preferente; pocos paises habrá en el globo que hayan sido celebrados y cantados con tanta justicia; y si el Mediterráneo, con sus azuladas y mansas ondas, no es el mar de las tempestades, en los que prueba su pericia y sereno valor el bravo marino, no por eso es menos bello: no es el mar de las batallas, pero si el de las trovas....

—Gracias, señora, gracias en nombre de mi pátria, dijo Carlos interrumpiéndome: si yo no hubiera nacido italiano; no me consolaria jamás, pues entonces los elogios de V. á esa bienaventurada pátria, me hubieran ocasionado un celoso despecho.

»La galanteria, lo confieso, me pareció tan delicado que no tuve valor para rechazarla. y sin variar por completo de asunto,

continuámos la conversacion bastante mas animada que al principio, pudiendo apreciar el no escaso talento de mi interlocutor. La poesia y las bellas artes hicieron el gasto de ella, y, por último, cuando se llenaron los salones, me aperebí de que por primera vez, desde hacia algun tiempo, no me habia fastidiado durante mas de una hora.

»Nada ofrece tantos escollos á nuestro corazon, como el trato de un hombre respetuoso y delicado. Por poco que una muger se estime á si misma, rechaza desde luego toda galanteria que carezca de ciertas formas, y la menos susceptible se alarma, se alarma ante una declaracion hecha á quemarropa.

»La mayor parte de las mugeres, colocadas en mi posicion á quienes se las puede provar que tienen, ó han tenido un amante, es seguro que llegaron á verse sugetas por los lazos de la pasion, cuando aun no creian que se las habia hablado de amor. Afortunadamente para nosotras, y sobre todo, para nuestros esposos, los hombres delicados, y capaces de comprender el pudor del alma, para evitársele á aquellos de quienes deseau ser correspondidos, son muy raros, y casi

siempre, con sus torpezas nos ayudaba á salvarnos.

»Cuando despues de la conversacion tenida con Càrlos Alfieri, que acabo de referir, volvimos á vernos, una secreta simpatía nos acercò uno al otro, y era de admirar la identidad de ideas que teníamos en casi todos los puntos de que se trataba; y en el caso de discutir ¡con cuanta exquisita finura hacia siempre resaltar mi talento, ó mis conocimientos, para tener ocasion de elogiar-me!

»La pendiente no podia ser más resbaladiza, y á continuar por ello mi caida era inevitable. Jamás habia salido de los lábios de Càrlos una frase de amor, y sin embargo, á mi no me cabia duda de que me amaba, y que me amaba de una manera apasionada, ardiente.

»Mi corazon, casi virgen, y poco acostumbrado á la lucha, empezaba á encontrarse preso en tan floridos lazos. Como ya antes he dicho, la respetuosa y muda adoracion de que era objeto, constituia el mayor peligro: yo no se si amaba á Càrlos; però habia para mi tal encanto en aquella lucha, sostenida entre la duda, la esperanza y mis deberes, que comenzaba á encontrarme vencida. Por

fortuna, mi exquisita sensibilidad, y una torpeza de mi sumiso adorador, vinieron á devolverme la razon que estaba á punto de perder.

•He dicho ya que por fortuna ó por desgracia hay muy pocos hombres capaces de tomar entre sus manos el alma de una muger sin lastimarla, como no pueden tomarse las alas de una pintada mariposa, sin arrebatarla parte de los polvos de oro que la abrillantan. Esto no es hacerles una recriminacion, pues la mayor parte de las veces, el daño que nos hacen, es un acto independiente de su voluntad. Si yo escribiera un «Arts Amandi», mis lecciones teóricas serian para ellos: la muger no las necesita. Pero advierto, queridas amigas, que estoy divagando: vuelvo, pues, á tomar el hilo de mi narracion.

Esto dijo Amelia, en tono bastante ligero, continuando de este modo:

«Seis meses habian pasado desde el dia, mejor dicho desde la noche en que Alfieri me fué presentado por mi anciana tia, y ya el estado de mi corazon comenzaba á darme sérios temores. La presencia de Carlos en mi casa, ó en las tertulias ó teatros que yo frecuentaba, se habia hecho una necesi-

dad de mi existencia, y los celos, esa piedra de toque del amor, ese monstruo místico, cuyas cien cabezas son el eterno tormento de todo corazón apasionado, asomando su livida faz por entre el florido ramaje de las quimeras, fueron el faro que alumbró mi cerebro, haciéndome conocer que en el hombre en quien yo me empeñaba en no mirar otra cosa que un amigo, mi corazón hallaba un amante.

»Carlos era hermoso; mas que hermoso simpático: tenía veintiocho años, y no siempre había vivido en el mar. En Cádiz, Málaga, Barcelona y otros puertos, había pasado largas temporadas; y nada mas natural que su corazón hubiere experimentado ya las dulces emociones del amor. Pues bien, esta idea me irritaba hasta el punto de creerme con derecho á leer en sus miradas los recuerdos que guardaba en el fondo de su alma.

»Estos celos, esta lucha, que puso en claro el estado de mi espíritu, tenían para mí un encanto irresistible. Siendo yo exclusivista en amor, comprendia, sin embargo, que no podría apasionarme jamás de un hombre que hubiese amado á otras mugeres antes que á mí. Estos misterios del corazón,

solo el corazon puede explicarlos. La virgindad de sentimientos tiene muy pocos atractivos para los caracteres dominantes, y el mio lo es por excelencia.

»Borrar con nuestra imágen otra imágen anterior, que parecia grabado en el corazon del hombre que hoy nos ama por un buril de fuego, es un triunfo que satisface al mismo tiempo las dos aspiraciones de la muger; la de ser mas amada que lo fué otra alguna por el que ocupa su pensamiento, y colocar a gran altura su amor propio, sentimiento de suyo muy exigente.»

Aquí llegaba Amelia, cuando llevada yo de mi natural, algo arrebatado, no pude menos de interrumpirla con una ligera exclamacion. Las teorías de la Señora de Sandoval no me escandalizaban ni por su forma, ni por su fondo. Pero, á decir verdad, habia oido á muy pocas mugeres expresarse con tanta franqueza, y analizar de una manera tan des-pasionada los propios sentimientos. Y es que en toda su relacion habia yo tal analogia con mis ideas, que no podia menos de admirar el pincel, con el cual se llevaba á término retrato tan acabado.

—¿Que le pasa á V., Sofia? me dijo la señora de G... notando mi altitud. ¿No la

habia asegurado á V. que Amelia tenia muy extraña manera de tratar y definir el amor?

—No tan extraña como á V. le parece, contestè yo. Lo que hay en esto es, que la franqueza no será nunca la virtud capital de nuestro sexo; y que á fuerza de ocultar á los demás lo que sentimos, acabamos por desconocer nuestro propio corazon. Pero, si á V. le parece, aplacemos la discusion para otro momento, pues aun no ha terminado Amelia.

—Es cierto, dijo esta; pero tambien lo es que me iba extraviando lastimosamente con mis malhadadas digresiones. Así, pues, continuo, que ya se acerca el desenlace.

«Decia, que ese condicion celosa, ese deseo de indagar lo que Cárlos hacia. pensaba ó anhelaba, fuè lo primero que me hizo conocer mi inclinacion, y entonces, un verdadero pánico se apodero de mi alma. Yo habia aventurado en aquel peligroso azar mi conciencia, mi tranquilidad, mis deberes de esposa, la honra de aquel cuyo nombre llevaba, y sobre todo mi corazon. Ahora bien ¿me amaria Cárlos? ¿No podia yo haberme engañado? Esta incertidumbre me arrancaba lágrimas de despecho.

»Como el estado de mi corazón no podía detener el curso del tiempo, llegó el día de mi cumpleaños, que debía solemnizarse con una recepción, en la cual, por el doble motivo de ama de casa y causa de la fiesta, me vi obligada á no perdonar medio alguno para brillar en ella.

»Ustedes conocen mis gustos, y la pasión que profeso á las flores, así que, á despecho de mi esposo, el cual hubiera preferido ver sobre mi traje de baile algunos de los brillantes que él me había regalado, di la preferencia para aquella noche á un sencillo vestido de tul color de limón, cuyo adorno consistía tan solo en una doble guirnalda de rosas de Alejandria. El encendido color de sus pétalos, unido al verde oscuro del ramaje, formaban un conjunto bellissimo. Un grupo de las mismas flores, prendido en mis cabellos, completaba el tocado.

»Tan pronto como los convidados se fueron presentando, pude darme la enhorabuena. Mi cariño á las flores se hallaba pagado con usura, puesto que ellas me prestaban en cambio parte de su belleza. Las mujeres me encontraron envidiable, y los hombres irresistible: no podía apetecer un triunfo más completo. Ya ven ustedes que la

modestia no entra por nada en mi narracion.

Comenzó el baile; y como á la una de la mañana, cuando ya la impaciencia habia hecho palidecer mis lábios mas de una vez, se presentó Altieri en los salones, apresurándose á felicitarme. Se hallaba, al parecer, agitado, no sé si de dicha ó de pesar; pero es lo cierto que su mirada era mayor brillo que otros dias.

Cuando entró, hacia pocos minutos que yo habia concedido el próximo wals; así que solo despues podia darle mi mano, para acompañarle en las figuras de un rigodon. Mientras bailaba, le observé varias veces y ví que, recostado en el respaldo de un sillón, me seguian sus ojos con avidez. Yo encontraba el wals interminable... aquel hombre me atraia. Mi posición, el mundo, la sociedad, mi esposo, todo desaparecia á mi vista; ¡tal era la fascinacion que ejercia sobre mí!

» ¡yo fuera supersticiosa, añadiría aquí, á manera de parentesis moral, que las flores me salvaron: que los gustos sencillos ejercen gran influencia en el destino de la mujer, y que á llevar yo brillantes sobre mi traje, no haber llegado á ver cuanto me equivocaba, y que pequeño y material era

el amor de aquel que tenia mi porvenir entre sus manos. Mas, amigas mias, ni soy supersticiosa, ni nada de eso quiere decir, sino que el amor no existe, por lo menos tal cual nosotras, pobres locas, nos lo hemos figurado en nuestros ensueños de niñas; y que la pérdida de una ilusion no es siempre una desgracia. Que el corazon sufre con el desencanto, pero que ¡feliz aquella cuyo desencanto llega á tiempo! Ahora continúo, por que mis divagaciones no creo que tenga hoy aplicacion entre nosotras.

• Apenas la orquesta dejó percibir los preludios del ansiado rigodon, cuando, Alfieri; se acercó á reclamar mi mano; y en el momento en que las palabras podian perderse entre los acordes de la música, comenzó á dirigirme algunas frases que, no se porque, las hallaba de doble sentido. Lo que si me dijo terminantemente es que me encontraba hermosa. Era la primera vez que esto sucedia, y una frase tan sencilla, por el mucho abuso que de ella se hace, me turbò hasta el punto de no hallar una contestacion, quedando en completo silencio.

• Terminado el rigodon, pasé un momento á mi tocador, y despues de mirarme distraidamente al espejo, volví al salon, llevando

entre mis dedos, sin saber como lo había arrancado, un capullo de rosa de las que me servian de prendido.

» Por efecto de esa misma pasion à las flores que me domina, insensiblemente me acerqué à una jardinera que sostenia una planta de camelias blancas, y apoyando mi brazo en la taza del pedestal, me puse à jugar con la rosa que tenia en la mano, acercandola de vez en cuando à mis lábios para aspirar su aroma. Muchas veces debí repetirlo, cuando sus frescos pétalos empezaron à marchitarse, y disgustada la coloqué sobre el mármol de la taza; y cambiè de lugar. Mas no fué poca mi sorpresa al ver, momentos despues, à Càrlos acercarse al sitio que habia yo ocupado, y que tomando la rosa destrozada la besaba con avidez. Entonces, ya no me quedó duda alguna. Alfieri me amaba, y me lo decia del único modo que le era dable hacerlo sin sonrojarme, por medio del delicado lenguaje de la poesia y el sentimiento. Yo era feliz.

» Esta adoracion necesitaba una recompensa, y me apresuré à darsela. Lo conozco: fui culpable, muy culpable; mas ahora verán estedes como el ridículo me dejó castigada.

» Despues de algunos momentos, y cuando

ya estaba segura de no llamar la atención, volví al lado de la jardinera, tomé el capullo y lo acerqué de nuevo á mis labios. No creo que podia darse una confesion mas explícita de mi correspondencia.

»Diez años hace que pasó cuanto estoy refiriendo, y aun no me lo he perdonado á mi misma.

»Ahora bien ¿habria alguna muger que hubiera dudado, ni por un momento, que el marchito capullo, prendido durante algunas horas en mis cabellos, y que despues mis labios habian rosado, no seria un recuerdo, un talisman para el hombre que parecia amarme hasta la adoracion? Pues, queridas mias, la noche pasó, y cuando al dia siguiente me acerqué á la jardinera, para cuidar por mi misma las camelias, segun tenia de costumbre, lo primero que hirió mis ojos, dándome frio en el alma, fué aquel desgraciado capullo de rosa, que pareció por un momento destinado á ser el eterno lazo de un amor inextinguible, y que no es otro que el que se encierra en esa «Caja de hierro», que tanto ha excitado vuestra curiosidad.

»Aun dudé por algun tiempo, creyendo que el temor de comprometerme habria impedido á Carlos guardar aquella, que yo ha-

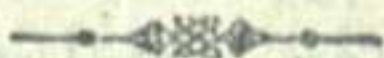
bia creído para él, prenda de inestimable valor; pero volvió à verme; se quitó por completo la máscara; me habló de amor; me pintó su pasión con los más vivos colores, y todo sin que recordára, ni una vez, el episodio del baile.

»Afortunadamente para mi, su apasionado lenguaje no tenía ya el mismo sentido. La venda había sido arrancado á tiempo. Por un lado el temor, ò mejor dicho, la seguridad de no ser comprendida, y por otro, el espantoso ridículo en que había caído á mis propios ojos con mi sueño de sentimentalismo, acababan de curarme por completo, y hoy guardo este recuerdo como una receta, cuyo medicamento nos dió, en una grave dolencia, felices è inmediatos resultados.

»Aquí d ò fin el relato de Amelia de Sandoval; y como yo prometí tan solo á mis lectores referirles la aventura tal cual llegó à mis oídos, sin críticas, ni comentarios, una vez cumplido mi ofrecimiento me apresuro á poner el punto final.

FIN.

LAS MEDIAS AZULES.



TRADICCIÓN CASTELLANA.

I.

En pocas provincias de España se conservan tan puras las tradicionales costumbres de nuestros antepasados como en las cuatro más antiguas de Castilla la Vieja, à saber: Soria, Segovia, Palencia y Salamanca. A casi todos los demás pueblos, por apartados que se hallen de las grandes capitales, y sobre todo de la corte, la moda ha llevado sus exigencias à los trajes, à los muebles, è insensiblemente à las costumbres que con los muebles y los trajes se hallan encarnadas.

Existe en el carácter castellano algo que es refractario á las innovaciones, si estas han de atacar á sus hábitos; y por más que sea triste decirlo, las conquistas del progreso son harto lentas en esa rica porción de España, porque el amor á las costumbres se sobrepone en sus honrados habitantes á toda otra clase de amores.

Hijo, asimismo, de ese carácter poco aventurero, en el estacionamiento de las familias en un mismo punto durante muchas generaciones, así como las uniones entre sí, sin cruzamiento de ninguna especie, pues los mozos de un lugar apenas si se aventuran á buscar esposa en otro que diste del suyo más de una jornada. La pureza de los tipos es la consecuencia natural de estas uniones, y puede verse que, mientras en otras provincias apenas se encuentran vestigios de la raza primitiva que las poblò, en Castilla la Vieja basta salir de las capitales algo numerosas para hallar en los pueblos el tipo característico de las huestes que seguian la bandera de Isabel la Católica en los primeros dias de su reinado.

De las cuatro provincias que hemos citado antes, la de Segovia es quizá la que con más pureza, conserva las antiguas costumbres, y

en la que menos se ha bastardeado el tipo castellano, sobre todo en las mujeres.

El que no haya podido admirar, bajo su rústico traje de lana burda, la belleza especial de las segovianas, su rica encarnación, la firmeza y redondez de sus formas esculturales, su talle estrecho, sus anchos hombros, su seno prominente, sus ojos grandes y melancólicos, sus labios rojos, sus menudos y blancos dientes, sus piés arqueados, sus manos finas, nerviosas y perfectas, y su negra y abundante cabellera, no puede tener idea de lo que es una mujer verdaderamente hermosa; pero con esa hermosura severa que infunde respeto al más osado. La belleza de la jóven castellana no incita, no provoca; carece, si se quiere, de esa seducción que poseen las de otros países, su hermosura es exclusivamente suya.

Niña durante mucho tiempo, conserva en el semblante el sello del candor hasta más allá de la pubertad, y apenas si se adivina la mujer en la jóven que cuenta sus 18 primaveras. Solo sabe una cosa, y eso desde que juega con las muñecas, y es que llegará su día en el que cambiará sus medias blancas por medias encarnadas,

II.

Modesta se llamaba la niña más gentil del pueblo de... de la provincia de Segovia. Su padre, labrador medianamente acomodado, estaba más orgulloso de tenerla por hija, que de poseer los mejores pares de mulas y las más fértiles tierras de labor del contorno; y eso que el tío Santiago el Rojo, era interesado, y amaba mucho sus tierras y sus yuntas. En cuanto á la señora Marta, madre de Modesta, no hay para qué decir si estaba ufana con su hija; con añadir, que la reñía durante doce horas diarias. está dicho todo, porque á las buenas madres castellanas se las figura que no quieren á sus hijas si no las riñen mucho, y lo uno está en proporcion con lo otro.

—Eres una perezosa. decia la señora Marta á Modesta, cuando á las cinco de la mañana en verano, y á las siete en el invierno,

no se había ya lavado y peinado. Eres una perezosa; y no hallarás quien «te ponga las medias encarnadas».

Si la jòven tardaba un poco en volver de la fuente, á la que iba para charlar y reir con sus compañeras; si pasaba algun minuto más peinando su hermosa cabellera negra, pesada y lustrosa como el azabache, ó si en el huerto cantaba alguna copla nueva, ya estaba la señora Marta con su sermon y eterno estribillo:

— Te digo que no has de hallar quien «te ponga las medias encarnadas». No se puede contigo: eres una holgazana.

Mas cuando esta madre se juntaba con otras madres, y hablaban todas de sus hijas, la escena cambiaba por completo: empezaba el rosario de las alabanzas, y Modesta era proclamada como el modelo de las jóvenes juiciosas; bella, hacendosa, humilde y buena como «el pan de Dios».

La señora Marta repetia en vano su estribillo: Modesta sabia muy bien, pues se lo había dicho muchas veces al espejo, que sus medias «blancas» se cambiarían por otras «encarnadas» tan pronto como ella quisiera.

III.

Lo que vamos á referir hace muchos, muchísimos años que pasó, y por su antigñedad tiene ya en el pueblo de..... carácter de legendario.

La hermosa Modesta continuaba escuchando con humildad los sermones de su buena madre, que cada dia la adoraba más, y más la regañaba. El tio Santiago, el Rojo, se miraba en los grandes ojos de su hija, y cada vez que hacia una buena venta de granos, ó el esquileo de las ovejas habia producido blancos y rizados vellones, que él cambiaba por hermosos escudos de oro, decia muy satisfecho:

—Esto es para cuando la chica cambie las medias «blancas» por las «encarnadas».

Así pasaba el tiempo. Algunos jóvenes de la comarca se habian presentado como pretendientes de Modesta; pero ni la jóven te-

nia prisa por dejar la casa de sus padres, ni estos se habían aún acostumbrado á la idea de que su hija les abandonara.

IV.

Existen aún cerca del pueblo de..... las ennegrecidas ruinas de un castillo señorial que, por su masa imponente, revelan lo que un día debió ser aquel medio palacio, medio fortaleza. El foso, mal cegado, ofrece sinuosidades que ha cubierto la maleza. En algunos puntos de pendiente más suave y tierra ménos ingrata, menuda yerba y florida mielga brindan á las ovejas sabroso pasto, y ellas, aprovechando el convite, diseminándose por la ladera, la esmaltan de blanco y negro. Los pastores, entre tanto, resguardados del sol ó del frío en las ruinas, divierten sus ocios labrando flautas rústicas, y no menos rústicas cucharas de boj; y cuando, bajo los paredones derruidos, ó en las estrechas arcadas, que

aún se conservan en pié, repite el eco las melancólicas canciones pastoriles, parece que las almas de los antiguos habitantes del castillo se quejan de los estragos que la inexorable mano del tiempo hizo en su suntuosa morada.

V.

Hemos dicho que han pasado muchos, muchísimos años desde que Modesta, la hija de Santiago, el Rojo, era una niña hermosa y gentil, encanto de cuantos la conocían, y codiciada prenda de todos los jóvenes del contorno. Por aquel entonces, el castillo del cual solo quedan informes ruinas, estaba en pié, ostentando toda su magnificencia; y una nube de pajes, criados y dueñas poblaba sus cámaras. Su inmensa cocina daba constante albergue à huéspedes alegres y bravos que venían de las tierras vecinas à cazar y conspirar en compañía del señor de la casa, y la vida y el movimiento se esparcían en torno del hogar.

VI.

Era una hermosa tarde de otoño. Los últimos rayos del sol poniente doraban las copas de los árboles, que comenzaban á teñirse del amarillento color de la tristeza. Las flores inodoras, propias de la estación, balanceaban sus corolas melancólicamente sobre sus tallos, prontas á marchitarse á las primeras escarchas; pero aun era bello el aspecto del campo, que ofrecia fuertes contrastes de luz y sombra, á medida que la primera bañaba los puntos salientes, mientras las segundas le disputaban su dominio.

La campana del castillo lanzó al espacio el toque de «Angelus», repitiéndolo todas las que coronaban los templos de los pueblos vecinos. Los pastores, que marchaban conduciendo sus ganados al aprisco, y los labradores que volvian de sus faenas, descubriendo

sus cabezas, repitieron el saludo del ángel á la doncella de Nazareth, rezando el Ave-María; mientras que el sol, que parecia esperar este momento para ocultarse tras las empinadas crestas de la montaña, lanzaba su postrer rayo sobre el valle.

En la fuente estaba Modesta en aquel momento llenando su pintado cantarillo, riendo y charlando con sus compañeras, como gorjea una banda de alondras que ha encontrado un surco lleno de grano mal cubierto que les ofrece un opiparo banquete. Al escuchar el toque de «Angelus», todas las jóvenes hincaron la rodilla en tierra, y doblando sus hermosas cabezas murmuraron la plegaria de la tarde.

Terminada la oracion, levantáronse las muchachas, echando de ver que habian tenido un compañero de rezo.

—¡Dios os guarde, hermosas! y á tí, la más hermosa de todas, exclamó, dirigiéndose á Modesta, aquel extraño que se habia mezclado con ellas en la oracion.

—¡Calla! dijeron todas: es el señor Mendo.

—Sí, hijas mias, y me encamino á la casa del buen Santiago, el Rojo, por órden de mi amo, y ademàs para asuntos propios, añadió, mirando intencionadamente á Modesta que

se puso encendida como una rosa recién abierta.

—Sed bien venido, señor Mendo, respondió la jóven. Mi padre se alegrará de verle en nuestra casa.

—Tù te alegrarias más de ver á otra persona ¿no es verdad? Pero ya arreglaremos eso, hija mia.

Marcharon todos al pueblo. El buen Mendo fuè bien recibido del tío Santiago. La señora Marta riñó, como de costumbre, á todo el mundo. La comision de compra de granos, que el señor del castillo habia encargado á Mendo, se hizo á satisfaccion de todos, y pocos dias despues se dió como cosa terminada que Modesta se casaria con Andrés, gallardo mancebo, hijo de Mendo, uno de los arrendatarios del castillo, que ademàs gozaba ciertos fueros de mayordomo, y por ende ofrecia un ventajoso partido, aun cuando Santiago, el Rojo, diera un dote crecido á su hija única. Hubo envidias y falsos parabienes, y por último la boda se aplazó para la primavera próxima.

La señora Marta, que cada dia amaba más á su hermosa hija, y por lo tanto se creia obligada á reñirla con más frecuencia, habia cesado en su estribillo. Ya no le de-

cía: —¡Calla! que no has de hallar quien te ponga «las medias encarnadas». Pero pasaba el día dándole consejos, preparando el ajuar de novia, encontrando todo pobre, todo mal hecho; y cuando Modesta no se hallaba delante, llorando á hurtadillas de pena y alegría al propio tiempo, creía que la jóven sería feliz y sentía, sin embargo, un dolor cruel al separarla de su lado.

VII.

Llegó por fin el día de la boda. Era una bella mañana del mes de Mayo. El valle y la montaña amanecieron vestidos de gala, y desde el humilde tomillo, hasta el altivo rosal silvestre, todas las flores parecían empeñadas en perfumar el ambiente con sus más ricos y delicados aromas.

La comitiva que debía acompañar al templo a la feliz pareja era lucida y numerosa. Del pueblo y del castillo habían acudido man-

cebos y doncellas ataviadas con sus más vistosos y ricos trajes. Las «medias blancas» estaban en mayoría, y las jóvenes parecían un áscua de oro con sus lindas monterillas bordadas de brillantes lentejuelas; sus camisas de blanco lino, primorosamente plegadas al alrededor del cuello; sus jubones de «velludo» con botonadura de plata en forma de cascabeles, y sus faldas de «anascote», orilladas de preciosos galones de seda y oro. Pero donde lucían todos sus primores era en las ricas medias blancas ó encarnadas, distintivo fijo de casadas y solteras. Eran las de las primeras de rica grana, con piñitas bordadas de oro y seda de brillantes colores, y el pié, breve y arqueado, se encerraba en un pequeño zapato de velludo negro con hebillas de plata; mientras que las segundas llevaban medias lisas de una blancura deslumbradora y zapatos negros con hebillas de oro. Las viudas no se presentaban jamás en el templo durante los desposorios, por lo que no podían verse «medias negras» en aquel lucido y alegre cortejo.

El ruidoso tamboril y la flauta rústica acompañaban á los novios, y todo el pueblo se había reunido en la plaza de la iglesia para ver la «boda», y en verdad que lo merecía, pues Modesta y Andrés, eran la pareja más

bizarra que podia encontrarse en treinta leguas à la redonda.

— ¡Vivan los novios! gritaban mozos y viejos, cuando estos salieron del templo cogidos de las manos. ¡Vivan los novios!

— ¡Que vivan! repetian sin cesar, siguiendo à la comitiva hasta la casa de Santiago.

— Gracias, muchachos, contestó el Rojo, parándose en el umbral. Gracias: ahora à beber y à bailar à la salud de mis hijos.

Y dos criados empezaron à repartir grandes jarros de vino azucarado, mientras el tamborilero y el flautero lanzaban al viento sus ruidosos acordes.

No describiremos hora por hora aquel alegre dia, triste solo para la buena señora Marta, que ya no se atrevia à reñir à su hermosa hija, comprendiendo que su autoridad acababa donde daba principio la del marido. Como aquel à quien han robado una rica joya y la ve en manos del ladron sin atreverse à reclamarla, así miraba la buena madre à Modesta al lado de Andrès, y con su rugosa mano se limpiaba, à hurtadilla, las lágrimas que le arrancaba el pesar.

VIII.

Alegre amaneció también el día de tornaboda, como si hubiese de ser un día feliz. La señora Marta penetró la primera en la alcoba nupcial de su hija para darla un tierno beso y saludar antes que nadie á los esposos; pero solo ha'ló en el lecho á Modesta, trémula y agitada.

Sobre el labrado escaño de nogal yacian en desòrden las prendas todas del rico traje de novia, y colocadas en la cabecera del lecho las «medias de grana» que segun la usanza, el mismo esposo debia poner á la recién casada en la mañana siguiente á su noche de bodas.

Modesta, á pesar de la inquietud que sintió al despertar, viendo que Andrés no estaba á su lado, permaneció en la cama sin atreverse á iufringir la tradicional costumbre.

Corrian las horas y Andrés no volvía. Una

mortal inquietud se apoderò de todos. ¿Qué podía haber sucedido? ¿Por qué el jóven no se hallaba en su lecho? La alarma se propagò muy pronto en el pueblo. Los afligidos padres de Modesta no sabian qué partido tomar, y la infeliz desposada tuvo que añadir á todas sus angustias el tormento de verse relegada en la alcoba nupcial, porque la costumbre, convertida en ley, no la permitia volver á tomar sus «medias blancas», ni ponerse por sí misma las «encarnadas», sin que antes lo hubiese hecho su esposo, proclamándola con este acto pura y digna compañera suya.

Pasó el día y la noche con todas sus angustias dadas, y otro día y otra noche más, y Modesta, continuò en el lecho nupcial, que para ella se habia convertido en un lecho de espinas. Tantos dolores quebrantaron su salud, y despues de una grave y penosa enfermedad, cuando, estenuada y pálida, salió de aquella alcoba, en donde habia entrado más fresca y lozana que la rosas de Mayo, su buena madre habia labrado para ella unas «medias azules». Modesta no era, pues, ni casada, ni doncella, ni viuda, y por lo tanto no tenia derecho para llevar en las «medias» ninguno de los tres colores consagrados por el uso.

IX.

Mucho tiempo vivió la infeliz Modesta en aquel estado. Su espléndida hermosura se marchitaba, como se marchita la de esas flores arrogantes, á las cuales una tempestuosa tarde de estio roba su lozania, y acaban por morir agostadas despues de haber perdido sus galas y perfumes.

Su madre, aquella buena Marta, que tanto la adoraba y tanto la reñía, cegaba llorando dia y noche, repitiendo sin cesar:—Yo, yo tengo la culpa, Dios me ha castigado, porque tantas veces la dije á mi pobre hija que «no habia de encontrar quien ia pusiera las medias encarnadas».

X.

Corrian entonces aquellos turbulentos dias en que los castellanos, divididos en bandos, luchaban unos en favor y otros en contra de la hija de Enrique IV, el doliente. Los parti-

darios de la Beltraneja y los de su tia doña Isabel, conspiraban unas veces en la sombra y otras á la luz del dia, esperando cada cual el triunfo de la causa que defendia y la derrota de sus contrarios. La juventud impetuosa se comprometia sin reflexion, y llegado el momento de obrar era necesario cumplir los compromisos.

Andrés, el esposo de la pobre Modesta, pertenecia á uno de esos bandos. Conspirador oscuro, se creyó olvidado, porque nadie le recordaba su deuda, y precisamente el dia de sus bodas sus compañeros le buscaron.

Era preciso acudir, ó de lo contrario exponerse á la deshounra y á la venganza. Andrés acudió, y Modesta se encontró casada y sin esposo.

Cuando las luchas civiles terminaron y triunfante el partido de doña Isabel, ésta fué proclamada reina de Castilla y de Leon, los huesos de muchos infelices de los que habian abandonado sus hogares blanqueaban los campos.

Algunos, muy pocos, volvieron á ver el modesto campanario de su pueblo; y sentados en torno del hogar, en las frias y largas veladas del invierno, referian á sus amigos y parientes los azares de aquella prolongada y

sangrienta lucha. Andrés tuvo la suerte de ser uno de estos pocos; y despues de haber celebrado con inmenso júbilo su regreso, y el día de su tornaboda, y de haber, por sí mismo, puesto á su esposa las «medias encarnadas», que yacían en un rincón del arca, con todas las demás prendas del traje de novia, la señora Marta dijo á los concurrentes:

—¿Y ahora qué hacemos con las «medias azules» que ha llevado mi hija?

—Servirán, respondió un anciano, para la viuda que, olvidando á su primer marido, vuelva á casarse.

—Dice bien, exclamaron todos. Así serán conocidas en adelante las que profanaren con un nuevo esposo el lecho en que entraron doncellas.

Aprobada la proposicion por todos los ancianos, la costumbre hizo ley, y desde entonces, en toda la provincia de Segovia, las «medias azules» son una especie de sambenito que muy pocas mujeres se atreven á echarse encima.

Esto sucede aun en los momentos en que narramos esta antigua tradicion; pues, segun decimos al comenzar, en Castilla la Vieja se rinde un culto tal á las costumbres de nuestros antepasados, que en vano será buscar

nada parecido en cualquier otro punto de España.

El uso, sin embargo, se ha modificado algun tanto con referencia á las medias encarnadas. En la actualidad el cambio se verifica en la sacristía de la parroquia, en donde penetran los novios, acompañados de la madrina, luego que ha terminado la misa. Para evitar molestias, la recién casada lleva debajo de las medias blancas las encarnadas que constituyen el distintivo de su nuevo estado. De esta manera, con solo quitarse las paimeras, se realiza el objeto.

FIN.



LA LUCHA

DEL CORAZON.

I.

Lo que os voy á referir, lectores míos, no es una novela, ni un cuento: conozco á los personajes que van á figurar en mi relato, y hasta yo misma he tenido parte en este pequeño drama.

En el invierno de 185..., lo dedicado de mi salud me obligó á salir de la corte para buscar, bajo el templado cielo de Andalucía, un lenitivo á mis dolencias, por cuya razón fijé mi residencia en la poética y nunca bastante alabada Sevilla.

Pronto las benéficas brisas de aquel dilatado oasis, impregnadas con el balsámico aliento de las flores, que bordan las amenas riberas del Guadalquivir, devolvieron á mi fatigado espíritu la tranquilidad, y á mi sangre la sávia que parecia faltarla. Respirando aquellas áuras vivificadoras, se dilató mi pecho oprimido, recobrando todo mi ser la lozania perdida.

La juventud, que entraba por mucho en mi curacion, recobró sus perdidos derechos, y pronto volví á mis ocupaciones y recreos favoritos.

Era una de mis más gratas distracciones pasear á caballo por las dilatadas llanuras que riega el Bétis con sus azuladas ondas. No me cansaba de admirar aquellos amenos sitios, en donde la naturaleza ha vertido con tan prodiga generosidad sus más ricas galas.

Aquel campo, alfombrado de menudo cespel, de cuyo fondo oscuro se destacan los brillantes colores de la roja verbena, la blanca raquel, la dorada caléndula y la morada violeta, tenia para mí un encanto irresistible; y despues de haber corrido al galope de mi alazan una larga distancia, admirando todas aquellas bellezas que, en la velocidad de la carrera, parecian cuadros vistos a través

de una linterna mágica, concluía por sentirme fatigada, pero feliz. Y lo era aun mucho mas sentándome bajo la verde y perfumada sombra de uno de los muchos bosquecillos de mirtos y laureles que siembran aquel Eden, entregada al reposo de la meditacion, ò á la lectura de mis autores favoritos.

Las vi. orosas odas del inmortal Quintana, los magníficos versos de Byron, el inimitable poema de Goethe, y los melancólicos y dulces idilios de Arolas, tomaban, bajo aquel trasparente cielo, entonaciones tan sublimes, é imágenes tan grandes, como pudieran soñarlas para sus cantos los más grandes poetas de la antigua Grecia. Yo misma pobre aspirante à los célicos favores de las hijas de Apolo, me creia en aquellos momentos capaz de escalar con segura planta las escarpadas cumbres del Parnaso, para cobijarme por un momento bajo el dorado techo del templo de la gloria.

Si el dia hubiera sido de seis meses, como lo es en la Groelandia, no se cuanto tiempo hubiera permanecido en aquellos sitios. Pero llegaba la noche con su manto de estrellas y su plateada luna, y por más que su encanto no fuera inferior al de los dorados rayos del sol, las emanaciones de las cristalinas linfas

del río eran nocivas á mi delicada constitucion, y se hacia necesaria la vuelta á la ciudad.

Nunca, el anciano mayordomo que me acompañaba, recordaba la hora de abandonar el campo, sin que me hiciera mala impresion; y así como á la salida de Sevilla lo hacia por la puerta de San Telmo, que era la más próxima á mi casa, á la vuelta buscaba mil rodeos, entrando por uno de los arrabales más silenciosos y tristes, con objeto de percibir lo mas tarde posible el ruido de la ciudad, que tan discordante sonaba á mis oídos, donde aun vibraban las armonias de la naturaleza.

II.

Sevilla, una de las ciudades más preciadas de España que, á sus gloriosos monumentos antiguos de grandiosa arquitectura, reúne hoy los modernos edificios de bella apariencia, las risueñas fuentecillas de adornos y los hermosos paseos, tiene, sin embargo, barrios en que, por el respetable abandono en que vacen, reconocerian una por una sus miserables

viviendas los árabes que la habitaban en el siglo IX.

El arrabal del Conde se halla en este caso; y los alegres hijos del Bètis que pertenecen al pueblo, propiamente dicho, son poco aficionados á encerrarse en aquellos desmantelados edificios, prefiriendo el bullicioso barrio de Triana. Por esta razon, las calles del arrabal arriba citado, solamente son habitadas por empleados pobres, viudas y personas de cierta clase, á quienes su mala suerte ha reducido á la miseria.

Tenia yo por costumbre volver de mis paseos por una calle, titulada «Del gallo mudo», sita en dicho arrabal, y varias veces habia llamado mi atencion una jóven que, colocada junto á la pequeña ventana de una habitacion de planta baja, como lo son casi todas las de la misma calle, se ocupaba en hacer labor, con tanta asiduidad, y rara vez levantaba los ojos de la almohadilla para mirar á los transeuntes.

Sin poder explicar la razon, me habia interesado vivamente la aplicada costurerita. así que, me propuse verla mejor, tomando, cuando salia á paseo, aquel camino; por que hasta entonces, como yo volvia despues de puesto el sol, no me habia sido fácil apreciar

los detalles de su persona. Estaban excitados á la vez en mí la curiosidad de mujer, y algo tambien el interés de la escritora, pues aunque pocos, habia ya dado á luz algunos trabajos literarios, y siendo la novela de costumbres el bello ideal á que aspiraba llegar, penia todo mi conato en estudiarlas.

Sali, pues, una tarde con objeto de conseguir mi propósito, y encaminó mis pasos por la calle del «Gallo mudo». Iba á pié, y sostenia con una amiga que me acompañaba un diálogo animado, procurando llamar la atencion de mi laboriosa jóven: sin embargo, nada conseguí mas que enterarme del pobre aspecto de la casa.

Era esta de un solo piso, y no debia tener mas habitaciones que el zaguan, y aquella en que trabajaba mi desconocida; porque aislada del resto de los edificios contiguos por dos solares á derecha é izquierda, en ella no se veian mas aberturas que la puerta, en un arco súmamente rebajado, y la pequeña ventana, cerca de la cual se hallaba la muchacha. La pared, aunque de arcilla y piedra sin labrar, era tan gruesa, que la ventana tenia el aspecto de la tronera de un fuerte, y en la meseta del alfeizar me sorprendió ver por primera vez una hermosa maceta

con una plata de nieve, y en verdad que su verde y espeso follaje no fué lo que menos contribuyó à impedirme satisfacer la curiosidad.

Nada, pues, pude ver aquel dia, ni del rostro de la jóven, ni del interior de su vivienda; pero lejos de renunciar à mis deseos, continué paseando varios otros por la calle del «Gallo mudo», con la esperanza de ser más afortunada. En efecto, cuando las ramas de la pobre planta marchita doblaron su tallo, dejando penetrar mis indiscretas miradas hasta el fondo de aquella pobre mansion, pude apreciar los detalles de miseria y tristeza que en ella reinaban. Ni un solo mueble interrumpia la soledad de sus ángulos oscuros; ni un solo cuadro encubria la desnudez de sus negras paredes. Todo el moviliario estaba reducido al taburete de madera tosca que ocupaba la jóven, y à la almohadilla en que trabajaba; y toda la riqueza de aquella solitaria morada se hallaba representada por la bella maceta de brillante búcaro rojo, que contenia la marchita planta.

En cuanto à la costurera, seguia con constante aplicacion su trabajo, sin abandonarlo un segundo, ni levantar de él las miradas;

así que todo lo que pude ver fué su cabeza y parte de su cuello.

Teniendo el semblante inclinado hácia la costura, no podia juzgar de la regularidad de sus facciones; pero habia en sus sedosos cabellos, de un rubio pálido y brillante, y en sus manos blancas, con afilados dedos y rosadas uñas, algo que revelaba belleza y distincion. Sus hombros, que se dibujaban bajo la tosca tela de un sencillo vestido de lana negro, eran de una redondez perfecta: y por último, la graciosa curva que formaba el cuello, abrumado, al parecer, bajo la rica profusion de dorados rizos que la rodeaban, parecia indicar que estaba destinada á sostener una hermosa cabeza. Por lo poco que de ella veia, no me quedaba duda de que aquella mujer encerraba en su vida un doloroso misterio, y ya no fué curiosidad, sino simpatia, la que impulsaba á penetrarle.

Otro detalle que me confirmaba en mi idea era aquella maceta, aquella planta de nieve, tan poco apropósito para ser cultivada en tiesto por su efimera duracion, y cuyo significado en el poético lenguaje de las flores es *siento frio en el alma*. ¿Seria mera casualidad la presencia de la triste flor en aquella solitaria ventana?

Pronto me convencí de lo contrario, puesto que al otro día, cuando repetí mi paseo por delante de la casa, ví que la planta marchita habia sido reemplazada por otra lozana y fresca, pero de la misma especie.

Aun esperè algun tiempo, y pude observar que la jóven continuaba su vida laboriosa y triste, lo mismo que la primera vez que yo habia reparado en ella; y que la planta de nieve era sustituida por otra igual al día siguiente de haberse marchitado. Inútil sería referir ahora todos los ardides de que, mi curiosidad juvenil, excitada además por la simpatía, se valiò para penetrar el misterio que parecia envolver á la jóven de que voy hablando.

Sin embargo, como nada adelantaba, iba ya á renunciar á mi propósito, cuando una mañana que, volviendo á mis acostumbrados paseos á caballo, habia tomado para salir al campo el camino que otras veces escogia para volver, pocos pasos antes de llegar á la ventana de la rubia costurera, tropezò mi caballo en una piedra saliente, y doblando las manos, faltó poco para que, como se dice vulgarmente, me hiciera *apear por las orejas*, puesto que yendo yo distraida, el choque me sacó casi por com-

pleto de la silla, haciéndome dar un ligero grito.

III.

Ya mi mayordomo habia echado pié á tierra, y se disponia á recogerme las bridas, cuando oimos á nuestro lado una voz dulce que decia:

—¿Se ha lastimado V. señora?

Era la jóven, quien, acercándose á nosotros repitió su pregunta.

—Gracias por el interés, la dije, sonriendo lo más cariñosamente que pude, con objeto de ganar su confianza, gracias. No ha sido nada: un pequeño susto que pronto se pasará.

Entonces, el viejo Narciso, que así se llamaba mi mayordomo, añadió dirigiéndose á mí:

—Si esta jóven nos diera un poco de agua, debería V. tomarla, porque es muy fácil que el susto la ponga mala. O sino, volvamos á casa.

—De ningun modo me vuelvo, contesté

yo; y en cuanto á lo demás, no quisiera molestar á esta señorita.

La jóven parecía súmamente cortada, y al escuchar la palabra señorita se conmovió visiblemente. Sin embargo, reponiéndose me dijo:

—Si V. desea entrar en mi casa, daré á V. de beber.

—Yo, ante todo, deseo no importunar á V. hija mia, la contesté; pero puesto que V. es tan amable, decansaré un momento, pues á decir verdad estoy algo algo agitada por el susto.

Yo no mentia mas que á medias, por que sino estaba conmovida por el percance de mi caballo, lo estaba con la idea de que al fin podria quizás saber algo de aquello que tanto habia llegado á enteresarme. Tomé, pues el brazo de Narciso, y no sin bajar la cabeza al salvar la ojiva, entramos en un oscuro y húmedo zaguan, que servia de antesala á la piececita en que trabajaba la jóven, y despues en la misma pieza. Entonces ella se apresuró á ofrecerme, para que me sentase, un antiguo sillón de brazos, cuyos dorados clavos y raída baqueta atestiguaban largos y constantes servicios.

El estar colocado este mueble en un án-

gulo, era causa de que yo nunca lo hubiera visto; por lo demás, este y el lecho, que se adivinaba á través de una cortina de sarga verde, eran los únicos objetos que habia que añadir al inventario hecho por mí en el capítulo anterior.

Cuando me hube instalado en el asiento, la jòven desapareció un instante detrás de las cortinas, y poco despues volvió, trayendo en las manos una vasija de arcilla blanca, de las que en el país se conocen con el nombre de *alcarraxas*, y una copa de cristal con el borde dorado, objeto bastante extraño, dada la pobreza de la casa. Presentóme las dos cosas con sencilla dignidad, y yo, rechazando la copa, bebí en la vasija de barro, lo cual debió causarla satisfaccion, por que inmediatamente se sentó en el taburete, y tomando su labor, me dijo con exquisita finura:

—Señora, si yo continuase de pié delante de usted la obligaria á que se marchase pronto; pero siguiendo mi labor la dejo en absoluta libertad, y además cumplo con mi deber, porque necesito concluir este bordado antes que se marchiten mis pobres flores.

—Singular pretesto tiene V. para atarearse, amiga mia, la contestè sonriendo.

—Si lo será, respondió, dando un suspiro; pero solo por ellas trabajo, pues antes consentiria que me faltase el pan que mi planta de nieve.

Suscedierose unos segundos de silencio, que yo aproveché para examinar á mi compañera.

Segun ya me habia figurado era, no precisamente hermosa, pero tenia en toda su persona un tinte de distincion que no podia confundirse con el vulgo de las mujeres del pueblo. Su rostro, pálido y gastado por el sufrimiento, era de una regularidad perfecta, y sus ojos, azules como el cielo, si en vez del dolor, hubiese reflejado su felicidad, habrian parecido encantadores. Los labios, casi incoloros, se resistian á la sonrisa, y en todo aquel pobre ser parecia estar estereotipado el pesar.

Un detalle habia pasado para mi desapercibido hasta entonces, y me sorprendió en extremo: aquella jóven, que podria contar á lo más veinte años, tenia entre sus magníficos cabellos rubios multitud de hilos de plata; señales inequívocas de una vejez anticipada por los sufrimientos.

Con objeto de entablar conversacion inclinéme hácia el bordado para examinarlo,

y vi que era una labor delicadísima, como pudieran hacerlo los rosados dedos de una hada.

—Hacéis un trabajo muy bello, señorita, la dije, y os aseguro que, ni aun en la corte, he visto nada tan hermoso. ¿Tendréis la bondad de decirme para que está destinado?

—Si, señora, me contestò: es el adorno de una alba pontifical para el señor arzobispo, regalo de la princesa que ocupa el palacio de San Telmo. Un antiguo amigo, el único de mí pobre padre, me lo ha proporcionado.

—Yo tendria sumo gusto, continuè, en poseer alguna obra hecha por usted, y si quisiera tomarse la molestia de venir á mi casa, cuyas señas la darè, en ella hallará dibujos y cuanto me hiciera falta.

—Dispénseme V., señora me contestó, visiblemente contrariada, pero no salgo jamás del barrio en que vivo, y creo que él acabará mi triste existencia. Las personas que me ocupan me traen sus encargos, y lo mismo hacen para recogerlos: verdad es que no son muchas las que quieren molestarse por una pobre extravagante y orgullosa como yo.

Diciendo esto, se colorearon por un mo-

mento sus pálidas mejillas, mientras que las lágrimas pugnaban por salir de sus ojos.

—No ha sido mi ánimo ofender á V., me apresuré á decirla. Respeto las razones que usted pueda tener para retraerse de tal modo. Yo misma traeré las labores, y esto me proporcionará de nuevo el placer de pasar algunos momentos con una jóven tan amable.

Dicho esto, me levanté para unirme con Narciso. Ella me acompañó hasta la puerta con mucha finura, y me dió las gracias por haber honrado su pobre casa, separándonos de un modo bastante frío y ceremonioso.

IV.

Aquella primera entrevista no produjo otro efecto en mí que el de avivar más la curiosidad que sentia. Así que, apenas pasaron ocho dias, cuando volví á casa de la jóven, provista de algunos dibujos, y la tela de un peinador que me sirviera de pretexto:

Hallela, como siempre, sentada al lado de la ventana, y creí que hasta más triste de lo ordinario.

—¿Ha terminado V. el bordado? la dije despues de saludarla.

— Sí, señora, me respondió.

—De modo que no tendrá V. inconveniente en ocuparse unos cuantos dias para mí.

—Ninguno, contestò de nuevo.

— Mi gusto hubiera sido tenerla á V. á mi lado. Hay en mi casa un hermoso jardin, y como usted me parece aficionada á las flores, hubiéramos trabajado juntas bajo la sombra de los árboles, en compañía de un millar de pajaritos, que se anidan en ellos, y me pagan el hospedaje cantando lo más alegremente que pueden.

Mientras la decia las anteriores palabras estuve observando atentamente su rostro, y ví que una ligera sombra de gozo aparecia en él: mas luego, y volviendo á su habitual melancolia, me contestò, souriendo tristemente.

— Gracias, señora, gracias por vuestra bondad. Desde que soy pobre y desgraciada, es la primera vez que me tratan como usted lo hace; pero en esta solitaria casa han muerto mis amados padres: en ella han muerto tambien mis primeras y únicas esperanzas de felicidad. y en ella moriré yo. . Así lo

he jurado. Sin embargo, hubiera sido muy feliz viendo el sol, que jamás llega á visitar esta pobre estancia, y las flores que hace tantos años no miran mis ojos, si se exceptua esta planta, imágen de mi soledad, y sobre todo oyendo la cariñosa voz de usted, que tanto bien me hace.

Aun hoy no puedo recordar las palabras de Felicia, que este era su nombre, sin sentirme conmovida: tanto era la amarga resignacion que encerraban.

Entonces, cuando las escuché, las lágrimas se agolparon á mis ojos, y apenas pude contenerlas.

—Ya os he dicho, amiga mia, la contestè, que respete vuestro dolor y las razones que teneis para obrar así. Pero si las penas, depositadas en un pecho amigo, pueden hallar lenitivo, y me creéis digna de vuestra confianza, yo me darè por muy satisfecha con merecerla, y pondré cuantos medios esten á mi alcance para consolaros.

—Señora, me dijo la pobre jóven, lo que me pedis es superior á mis fuerzas; pero me habeis tratado de un modo tal, que nada puedo negaros; y por otra parte debo esta explicacion á una persona que, proponiéndome lo que usted, me hace igual suya, cuando,

á lo menos en la apariencia existe una gran distancia.

Quise interrumpirla, más continuó:

—Sí, una gran distancia.

La infeliz era orgullosa, y su misma altivez la hacia ver en mi lo que no existia.

—Ya comprendo, amiga mia, me apresuré á decirla, ya comprendo, por vuestro lenguaje y maneras, que su posicion ha debido ser otra; pero es usted jóven, bella y honrada, y con constancia y laboriosidad se vence la mala suerte. En cuanto á las penas del alma, pues no dudo que haya usted sufrido muchas, ponga la confianza en Dios, que no deja nunca frustradas las esperanzas que se colocan en su divina misericordia.

—¡Cuan buena es V! me contestó la desgraciada, tomándome las manos. Mucho tiempo hacia que nadie me habia dirigido tan dulces palabras, desde que mi pobre madre perdió la razon.....

—¿Como! ¿Su madre de V. está loca?...

—No, á Dios gracias, por que ya no existe. Mire V. si la habré visto sufrir, cuando doy gracias á Dios por que ha muerto. ¡Ah! ¡señora! Es muy triste mi historia, y quizá se arrepienta V. de haberme invitado á que se la refiera.

—No, no amiga mia, la dije, siga V.

—Bien, puesto que V. lo quiere.

«Mi padre, inglés de nacimiento, se había criado en España. donde conoció á mi madre, y casados, se establecieron en Sevilla. Mi madre, hija única de un rico comerciante, llevó al matrimonio un cuantioso dote que, mi padre activo y emprendedor, triplicó en poco tiempo.

»Durante muchos años, la prosperidad y la fortuna fueron inseparables compañeros de la casa de mis padres; y cuando yo contaba doce años, contaban ellos para mí, que era su única hija, doce millones de dote. Yo no puedo decir á V. por que série de acontecimientos desapareció en poco tiempo la cuantiosa fortuna de mi casa, pero si que al cumplir yo mi tercer lustro, cuando me sacaron del colegio en que me estaba educando, ya no vivian mis padres en el suntuoso palacio de la calle de la Lonja que antes habitábamos, sino en una granja. á orillas del Guadalquivir, pero tan bella, tan poética, que á mí me pareció mucho mas hermosa que la casa de Sevilla.

»Mis trages tambien habian sufrido una modificacion visible; pero yo apenas habia reparado en ello, corriendo, como estaba

siempre, detrás de las pintadas mariposas. Un día, mi buena madre me dijo: Felicia, somos pobres. Ya no eres, como antes, una de las más ricas herederas de Andalucía, y si toda joven debe ser buena, laboriosa y honrada, la que es pobre debe ser un modelo de virtudes, por que tiene que hacerse perdonar del mundo una gran falta, la de no tener fortuna. Yo, hija mía, nunca te hubiera dicho esto, si no temiera que la ignorancia de nuestra desgracia pudiera ser causa de la tuya, si por tu mala suerte, creyéndote como hasta hoy rica, dieras entrada en tu corazón à ilusiones que luego, al arrancarlas del alma, se llevarán presas en sus raíces tu futura felicidad.

»No fué muy grande la impresion que me hicieron las palabras de mi madre, por que, à decir verdad, la riqueza nada significaba todavía para mí, y viviendo, como lo he dicho à V. en el campo, no tenia lugar de apercibirme de esas mil pequeñeces que tanto mortifican. Las flores, los pájaros, y el cariño de mi buena madre llevaban mi vida, y era feliz ò mas que lo habia sido hasta entonces.

»De esta manera pasaron dos años. Mi padre, del que apenas os he hablado, era

tambien muy bueno pero con pérdida de su fortuna se habia vuelto taciturno y uraño pasando muchos dias encerrado en su cuarto sin ver á nadie; y solo la paciencia angelical de mi Madre conseguia dulcificar sus penas y sacarle de aquel aislamiento.

• Mi educacion, bastante adelantada ya cuando salimos de Sevilla, la completó mi Madre con sus conocimientos y los buenos libros: la música y el trabajo ocupaban nuestra tranquila existencia. Para ser dichosas solo nos faltaba que mi Padre se mostrase mas conforme.

• Pero; ay! La mala fortuna no se havia cansado de perseguirnos, ó Dios queria probarnos mas. Lo cierto es que una noche, cuando todos en la granja estábamos entregados al sueño, fuimos despertados por terribles gritos de angustia. La casa estaba ardiendo por todas partes, y un mar de fuego nos separaba del resto del mundo. ¿Qué fue lo que pasó por mi en aquellos momentos? Lo ignoro, y nunca he podido darme cuenta de ello. Mis recuerdos mas claros solo me representan á mi Madre entrando en mi estancia, con los vestidos inflamados, y abalanzandose á mi Padre que entró tambien y me tomó en sus brazos, juntamente con mi Madre que

veía de una manera desgarradora. Despues; nada.

»Cuando volvi en mí acuerdo estábamos en esta horrible casa, en la que tanto he sufrido, y de la que no saldre mientras viva, mi madre, mi querida madre; estaba loca. Mi padre estaba ciego; por salvarnos, habian perdido la una la razon, el otro la vista.

—¡Pobre niña! la dije abrazandola, y mezclando á las suyas mis lágrimas ¡pobre niña! mucho habeis sufrido; pero Dios es grande, esperad. Hay un consuelo, un bálsamo que cierra todas la heridas, y el cielo no puede negárosle. sois joven y hermosa: si vuestros padres han muerto, y vos como buena hija los habeis ayudado en vida y llorado despues, ya nada teneis que hacer aqui. Venid conmigo: yo sere vuestra hermana, y á mi lado, una amistad sincera y quiza el amor á un corazon que sepa comprender al vuestro; os tengan reservados dias de bonanza y...

No me dejó con inuar: con una de sus manos tapó mi boca, y me dijo temblorosa y agitada:

—Por Dios por lo que os sea mas caro en el mundo, por el recuerdo de vuestra

madre no hagais resonar en mis oídos la palabra amor.

Yo la miraba sin comprenderla.

—¿Creeis que era ya bastante desgraciada, continuó hallandome sola, sin recursos, con mi adorada madre loca y mi padre ciego? Pues bien, aun me estaba reservada otra prueba. Escuchad.

V.

»Y instalados en esta casa que, no se por que, era propiedad de mis padres, la locura de mi madre, furiosa al principio, habiase tornado mas pacifica, y sobretodo, al eco de la voz de su esposo, adquiria una tranquilidad casi completa. El pobre ciego habia encontrado en la nueva desgracia la conformidad que antes le faltaba, y pasando de mi madre à mi, procuraba consolarnos, pues otra cosa no podia hacer.

»Nuestra miseria era tanta, que apenas alcanzaban nuestros recursos para no morir de hambre no teniendo ni lecho, ni vestidos, En tan triste situacion, el único amigo que teniamos era un antiguo criado nuestro, que

despues de la desgracia, se habia colocado de jardinero en el palacio de San Telmo.

»Este buen anciano nos visitaba de vez en cuando, y me ayudaba á sostener mis pobres padres, trayendo, para que las bordase algunas labores que segun èl decia, le encargaban varias señoras de la ciudad. Pero el cuidado de la pobre loca y el ciego me ocupaban tanto tiempo, que era muy poco el que me quedaba para trabajar. Sin embargo, tan embotados tenia yo los sentidos, que nada echaba de menos, y hasta habia llegado á olvidarme de lo pasado.

»En esta solitaria vivienda no tenia ni aire, ni sol, ni flores. Muchos dias me faltaba el alimento, y aun asi repartiendo horas entre el cuidado de mis padres y mi labor, apenas sufría otros dolores que los de los seres queridos que estaban á mi cargo.

»El buen anciano, que hacia mucho tiempo deseaba ofrecernos cuanto poseia, no hallaba medio de hacerlo sin herir la delicadeza de mi padre y se valia de mil pretextos especiosos para conseguirlo; de modo que nuestra situacion fue mejorando al o; y al ver á mi pobre madre abrigada á mi padre sentado en un viejo sillón, que èl nos trajo, yo respire con mas libertad, y

trabajé con más fè: no era yo dichosa, pero no estaba desesperada. Mi padre pagaba con su cariño mis desvelos, y esperaba la muerte con cristiana resignacion. En cuanto á mi pobre madre, besaba dia y noche mis cabellos, que parecian ser lo único que recordaba de mí, y pasaba las horas riendo de una manera tan lúgubre y aterradora, que desgarraba el corazon. En esto habia venido á quedar su locura.

»Un año hacia que duraba esta penosa situacion, euando una tarde, estando yo sentada en este mismo sitio, resonaron en mi oido las pisadas de un caballo. La natural curiosidad me hizo levantar la cabeza, cuando al mismo tiempo el animal, asustado por un perro lanzó un bote y derribò de la silla al ginete que lo montaba. La calle estaba completamente desierta, y viendo yo que nadie acudia, me acerqué á mi padre y le contè lo que pasaba.

»Hija mia, me dijo el pobre ciego; yo no puedo hacer nada. Anda tú, y socorre á ese hombre. La caridad es la primera y más hermosa de las virtudes.

»Sali, pues, á la calle, y acercándome al caballero, ví que era un jóven. Su cabeza habia chocado contra el umbral de piedra

de una puerta: de su frente corria la sangre en abundancia. Por consejo de mi padre lavé su herida con agua fria, y rocié con la misma su rostro, logrando de este modo que volviese en sí; y ayudada de mi padre, apoyándose en nuestros hombros, le conducimos á ese silon, en el que pasó algunos momentos: luego, dándonos las gracias, partió dejándome muy conmovida por aquel incidente, que habia roto la monotonía de mi amarga existencia.

»¿Qué más os diré, señora? Despues volvió otros muchos dias, y mi corazón, que solo habia latido por el sufrimiento, empezó á sentir las agitaciones y torturas de una pasión tan grande como era mi desgracia; por que yo no podia, no debia amar más que á mis infortunados padres, siendo, como era su único sosten y amparo,

»Desde aquel instante, una lucha horrible comenzó á destrozar mi oprimido pecho; lucha tanto mayor, cuanto que yo conocia que Enrique me amaba tambien; pero que habia algo que le impedia manifestarme su cariño. Yo, infeliz, no tenia ni aun el consuelo de escuchar las dulces frases de amor que alhagan los oidos de todas las mugeres, por desgraciadas que sean.

»Sin embargo, daba en secreto las gracias al generoso jóven, que encerraba dentro del alma la pasion que sentia, pues hubiera sido una profanacion hablar de amor en una casa que parecia un templo consagrado al infortunio, en el cual habia tres seres, dos de ellos una loca y un ciego, y estos eran mis infelices y amados padres. Usted comprenderá, señora, cuanto debí sufrir, y cuan dolorosa seria la lucha que diariamente sostenia mi triste corazon. La mezcla de amargura y felicidad que sentiria cuando Enrique fijaba en mí sus ojos llenos de pasion, y, sin embargo, solo me dirigia frases de cariñosa urbanidad.

»De este modo pasaron algunos meses, cuya duracion nunca he calculado, pero que suponen para mí muchos años de vida.

»Cuando mi corazon anhelaba la presencia de Enrique, mi conciencia me gritaba «no ames; no debes amar, por que la felicidad te está vedada. ¿Puede acaso ese jóven ser tu esposo? ¿Sabes á que clase pertenece? ¿No es probable que su familia sea rica y feliz? ¿Y aun dado el caso de que te ame lo bastante para unirse á tí, que harás entonces de esta pobre loca y de este desgraciado ciego? ¿Los separarias por ventura de

tu lado? ¿Entregarías á manos mercenarias esos dos seres, que te salvaron de una muerte horrible, á costa de los dones más preciosos de la vida, la luz de los ojos y la de la razon?»

»Y esto, señora, continuó animándose la pobre niña, se repetía todos los dias; por que todos ellos venia Enrique á pasar algunos momentos á nuestro lado.

»Mi pasion crecia de hora en hora, y para colmo de infortunio, no tenia un pecho amigo en que depositar mis penas, por que mi pobre padre no podia ver mi rostro marchito por el pesar, ni mis cabellos, que se tornaban blancos á los diez y ocho años, se-éándose en mi cerebro la vida con la llama volcánica del sufrimiento. Mi madre, esa madre adorada, que es siempre la más tierna amiga de las hijas, la que enjuga su llanto, y cicatriza con su ternura las heridas del alma, no existia para mí, y sus ojos extraviados no veian las ardientes lágrimas que, cual encendida lava salida del corazon, abra-saban mis pálidas mejillas.

»Un dia, ¡oh, señora! ¡qué dia tan terrible! Su recuerdo hiela aun hoy la sangre de mis venas, y extravía mi vacilante razon. Un dia vino Enrique mas temprano que de

ordinario. Estaba conmovido, y sus labios temblaban, como si se resistieran á modular las palabras. Mi padre dormitaba en ese sillón, y mi pobre madre, cobijada en el ángulo mas oscuro de la estancia, conservaba una inmovilidad absoluta.

» Aunque yo esperaba siempre con ansia la venida del que era al mismo tiempo mi felicidad y mi tormento, no estaba preparada para verle en aquel instante, y su presencia me dejó confusa, por lo cual guardé un obstinado silencio, despues de sus primeras frases. Entonces, acercándose mas á mí, tomó entre las suyas mis manos, y me dijo, sin mirarme siquiera:

— Felicia voy á partir. Ya no os veré mas, y soy muy desgraciado.

» Yo levanté la cabeza, fijando en los suyos mis asombrados ojos, pues creia no haber comprendido lo que me decia.

— Soy pintor, añadió, huérfano de padre y madre. Un tío que tengo en esta ciudad ha costeadó mi carrera, y hoy me veo, por su recomendacion, agregado á una comision que el gobierno manda á estudiar á Italia, y dentro de tres dias salgo de Sevilla. Ahora bien, Felicia, continuó con agitación, yo os amo. ¿Quereis ser mi esposa?

Nos uniremos sin que mi tío lo sepa, pues no me daría su consentimiento, y marcharemos juntos á Roma, donde yo trabajaré para crearme un porvenir independiente.

Calló. Yo continuaba escuchando.

—¿No me respondes? ¿No me amas? repitió más alto. ¿No quieres ser mi esposa y seguirme á Italia?

—¡No! contestó una voz extridente y gutural.

»Era mi madre que, abandonando su rincón, había llegado hasta nosotros sin que la viéramos.

—¡Ah! ¿Quieres llevarte á mi hija? dijo, mirando á Enrique con aire amenazador, ¿á mi hermosa Felicia? ¿y qué sería entonces de la pobre loca y del pobre ciego? No, no, por caridad, caballero, añadió, cambiando de tono, no os lleveis á nuestra hija.

»Y entonces, mi pobre madre se asía de las ropas de Enrique, y reía, lloraba y suplicaba á la vez.

»Yo, en medio de aquella escena desgarradora, estaba más loca por el dolor que mi misma madre, la cual volvió á su rincón; y en cuanto á las preguntas de Enrique, habían quedado por mi parte sin respuesta.

—¡Felicia! ¡Felicia! repitió mi amante.
¿No me amas?

—No puedo amarte. Mi madre ha contestado por mí, le dije: ¿Que sería de la pobre loca y del pobre ciego? Huye, huye de esta casa, y Dios te haga tan feliz como yo soy desgraciada, y diciendo esto me levanté para refugiarme al lado de mi padre.

» En cuanto á Enrique, salió sin que yo levantara los ojos. Tuve miedo que me faltase el valor para verle partir.

» Mi padre, á quien yo creía dormido, y que habia escuchado nuestra conversacion sin interrumpirla, me estrechó sollozando contra su pecho, y guardó silencio. Mi madre no volvió á recordar nada de cuanto habia pasado.

» Tres dias despues, cuando vine á ocupar este sitio para entregarme al trabajo, al abrir mi ventana hallé esta maceta, con una hermosa planta de nieve, y un pequeño billete de mi amante con estas solas palabras: «Adios, Felicia. Somos muy desgraciados. Vive para tus padres, aun cuando sea sintiendo *hielo en el corazon*. Yo, como no los tengo puedo morir».

» Desde el dia en que pasó cuanto acabo de referiros, mi padre se negó á tomar ali-

mente alguno, y ocho dias despues caia muerto en mis brazos. El infeliz se habia suicidado para no ser un obstáculo á mi ventura.

»Cuando se llevaron su cadáver, en los ojos de la pobre loca brillò una lágrima y un destello de razon que poco á poco se fuè haciendo más claro: pero esto, que debia alegrarme, vino á colmar toda la medida de mis sufrimientos: mi madre recobraba la inteligencia para morir, cosa que dicen sucede casi siempre á los pobres dementes, con efecto: solo alumbró Dios aquel oscuro cerebro para que pudiese medir la intensidad de su infortunio, por que cinco dias despues exhalaba sobre mi pecho su último suspiro.

»Ya ve V. señora, continuó Felicia, anegada en lágrimas, cuan desgraciada he sido; cuan sola estoy en el mundo, y cuales son mis esperanzas para el porvenir. Mas de un año hace que murieron mis padres y mi amor; y, ó bien yo no hice, con toda la fe que debia, mi sacrificio ó Dios no lo creyó bastante, puesto que tan inútil me fuè. Pero no es por eso menos cierto que mi ulcerado corazon solo vive para el recuerdo de la perdida felicidad, sin que nada espere ni desee: únicamente halla consuelo en mi propio

dolor, por lo cual no quiero abandonar, ni por un momento, estos lugares en que tanto he sufrido.»

VI.

Súmamente conmovida habia escuchado el relato de la pobre niña. Así que, por el momento solo pude estrechar entre las mias sus manos, y dejar que corrieran en silencio sus lágrimas amargas, como lo eran los recuerdos que, por complacerme, habia evocado.

No obstante, pasados algunos minutos, procuré consolarla, ofreciéndola mi amistad; y como se negase obstinadamente á venir á mi casa de Sevilla, yo iba todos los dias á pasar algunas horas con ella; pero mis esfuerzos se estrellaron ante su resolucion de continuar encerrada en la casa en que habian muerto sus padres.

Con un caracter tan altivo como el suyo, era tambien muy difícil aliviar su pobreza, por que se ofendia con facilidad, de modo que lo único que logré hacerla aceptar fueron algunos libros, un canario, para que

alegrase con su canto la triste soledad de aquella morada, y varias macetas con flores, que morían pronto por falta de sol.

Tanta fuè la simpatia que me inspiraba que retardè mi vuelta á la corte algunos meses, pero mi esposo deseaba mi presencia, y no podia escusarme de dejar á Sevilla, puesto que estábamos en los primeros dias de Julio.

En las últimas cartas que yo habia recibido de Madrid, mi familia me hablaba de un viage que debiamos hacer al extranjero; y como no se indicaba el punto, concebí la idea de que, si lo dejaban á mi elección, escogeria la Italia, que siempre habia tenido grandes deseos de visitar. No se porque, esperaba encontrar allí al amante de Felicia.

Además del afecto casi fraternal que la jóven me inspiraba, mi imaginacion, algo romántica entonces, me presentaba con halagadoras tintas, lo interesante que seria para mí estudiar aquella pasion que, si Enrique la conservaba en su pecho, deberia creerla ignorada de todos. Me dispuse á trocar las floridas viveras del Betis por las arenosas orillas del Manzanares, y dos dias antes de salir de Sevilla, me fui á despedir de mi

nueva amiga; pero me guardè bien de manifestarla mis futuros proyectos, pues no queria hacerla concebir esperanzas fundadas en una quimera.

Nuestra separacion fué verdaderamente dolorosa. Yo la instè de nuevo para que se viniese á vivir á mi lado; pero nada pude conseguir: solo si la promesa de que si algun dia mudaba de parecer, me daria parte de su resolucion; y con esto nos despedimos, casi seguros de no volvernos á ver.

VII.

De vuelta yo en la corte, olvidé, lo confieso, por algunos dias á mi pobre amiga de la sombría casa del «Gallo mudo»; pero cuando se hubo pasado la agitacion natural que en la casa causó mi llegada, volví á pensar con insistencia en mi proyectado viaje á Roma, en el caso de salir para el extranjero. Por eso, al tratarse del punto que debiamos escoger para pasar el inmediato invierno, yo no vacilé en manifestar mi deseo de visitar la Italia; cuyo templado cielo convenia tambien á mi salud, mas que el

de París, aun cuando no estuviera tan de moda la ciudad Eterna como la corte de San Luis.

Aprobado este deseo por mi complaciente familia, salí nos de España en los primeros días de Octubre, y aquella fecha nada de nuevo sabía de Felicia.

Antes de partir habíame yo enterado de algunos pormenores acerca de la familia de Enrique de Zea, que este era el apellido del joven pintor, y supe que era cierta su orfandad, y cuantos detalles había dado á Felicia del tío á quien debía su carrera, y la comision del Gobierno, por quien estaba pensionado.

Recorrimos, pues, en los meses de Noviembre, Diciembre y Enero varias capitales de Italia, pasando el carnaval en Venecia, y yendo desde allí á presenciarse en Roma las grandiosas fiestas de Semana Santa.

Como no es mi ánimo describir ahora mis impresiones de viaje, sino relatar pura y simplemente la parte que tomé en los acontecimientos del hecho que voy narrando, no pintaré aquí nin una de las muchas bellezas que encierra en su recinto aquella reina del mundo, cuyo manto de purpura, aunque desgarrado, asombra aun en los ojos

de todo el que osa mirarle demasiado cerca.

Las orillas del Tiber, sembradas de blancas casitas, que se asientan sobre una aterciopelada alfombra, enriquecida con todas las galas de la flora campestre, que es la más variada, ofrecen hospedaje cómodo y tranquilo à los extranjeros que acuden à la ciudad Eterna con objeto de admirar sus maravillas, y no con el de ser admirados. De modo, que en aquellos palacios en miniatura, con sus pequeños jardines, largos parques y parterres, se reúne una escogida sociedad de modestos viajeros y estudiosos artistas.

En una de estas encantadoras viviendas fijámos nuestra residencia, y pronto todos los españoles convecinos se apresuraron à visitarnos. Yo esperaba ver llegar de un momento à otro al jóven Enrique, pues sabia por varios artistas, que formaban parte de nuestra reducida tertulia, que efectivamente se hallaba en Roma; mas los dias pasaban, y mi deseo no se cumplia.

Por fin, un anciano escultor, bastante amigo de mi familia, me pareció apropósito para confiarle mi plan, sin exponerme à la maledicencia, pues siendo yo tambien jóven, mi empeño porque el pintor Zea visitase mi

casa, podía dar lugar á que padeciese mi reputación.

—Y bien ¿cual es el designio de V.? me dijo el anciano amigo de que he hablado.

—Ya conoce V., le contesté, que no iré á preguntar á Enrique si ama aun á Felicia, por que mi pregunta, sobre indiscreta, tendria además, el inconveniente de prestarse á una contestacion evasiva. Así que, me parece lo más acertado que V. visite su estudio, y sondee su carácter, por el que indudablemente podremos sacar alguna consecuencia. Además hay un dato infalible, por mas que sea muy gastado, y es que si Zea ama aun á mi pobre amiga, en todas las figuras de mujer que tracen sus pinceles hallaremos algun parecido con ella; por que teniéndola siempre presente, no dejará de dar, como el pintor de «Urbino» hacia con su «Fornarina», á la una las manos, á la otra los ojos ó los cabellos, y á las más el rostro de aquella cuya imágen ocupa su corazon. Si nada de esto hallamos, entonces renuncio á mi propósito, pues no podría ofrecer á la desgraciada Felicia un amor como el que ella abriga en el alma, y cualquiera otra clase de efecto seria insuficiente á cicatrizar las heridas de su pecho.

—Me parece acertada la idea de V. me contestó el viejo discípulo de «Miguel Angel», por mas que peque algo de novelesco; ¿pero que es la vida sino una novela complicada? Haré, pues, cuanto V. desea, y desde hoy me dedicaré á estudiar á nuestro jóven. El caracter de V., observador y algo romántico, añadió sonriendo, tiene, sobre las personas que la estimamos de veras, la influencia de convertirnos en románticos y observadores, por lo cual le confieso á V. que ya estoy interesado en contribuir á la ventura de esa pobre Felicia, cuya tristísima historia me ha conmovido tanto, como un capítulo de «Los Misterios de Paris» ó del «Judio Errante».

—Gracias por la comparacion, sino es burla, respondí á mi amigo; pero lo que deseo ahora mas que lisonjas, son los datos que le encargo recoger, y así no demore V. su visita al estudio.

—Bien, bien: mañana mismo daré á V. noticias mias.

Con efecto; al dia siguiente volvió muy contento á mi casa el anciano, y tomándome las manos:

—Vencimos, hija mia, me dijo, vencimos;

pues aunque yo no conozco á la niña de Sevilla, no dudo que será ella.

—¡Como! supone V.

—Sí, señora: supongo que V. lee, en un libro abierto, en el corazón de los hombres; por que ese pobre Z. a no habrá de seguro, tomado sus modelos en las orillas del Tiber, para dar á todas sus mujeres cabellos rubios como las espigas que coronan la Ceres del museo borbónico, ni ojos azules, lánguidos y tristes, como una balada alemana. Las romanas son hermosas, morenas, de ojos y cabellos negros, que se parecen más á usted que las figuras que brotan de la paleta de Enrique.

—¡Por Dios, amigo mio! Observe V...

—Sí; ya se lo que me vá V. á decir: que la estoy diciendo galanterias ¿no es eso? Pero yo soy un viejo. No haga V. caso y vamos al asunto. Su amiga, segun V. me ha dicho, es rubia ¿verdad!

—Sí por cierto; mas.....

—Pues bien, todos los rostros de mujer, que he visto en el estudio de Enrique, pertenecen al tipo de las rubias, aun cuando no todos tengan el cabello blondo. Pero, dígame V. ¿de donde ha salido esa andaluza tan original, que mas bien parece haber na-

cido en las márgenes del Támesis que à orillas del Guadalquivir?

—No se engaña V. del todo por que su padre era inglés. Ya creo habérselo dicho à V. cuando le referí su historia.

—Tiene V. razon, lo habia olvidado. Pero volviendo à nuestro asunto, Zea, à no dudarlo ama à Felicia, quizá más aun que durante su residencia en Sevilla. Habitualmente se halla triste, y rara vez sale de su estudio, en el que, si bien recibe à todo el que desea visitarle, continúa pensativo y silencioso. El cuadro composicion en que, por orden del gobierno español, se halla trabajando, está muy adelantado, pronto se expondrá al público, y podrá V. convencerse de si es ò no el retrato de Felicia el que constantemente reproducen sus pinceles.

No tengo paciencia para tanto, contesté à mí viejo amigo. Por otra parte, no se cuanto tiempo continuaremos en Roma, de suerte que necesito ver à Zea lo más pronto posible.

—Bien, señora: en este caso hoy mismo lo traerè.

Con efecto, aquella noche se presentò por primera vez en mi casa el amante de mi pobre amiga, En cuanto à su finura y trato

le hallé digno del cariño que ella le profesaba, pues modesto sin afectación, y discreto sin petulancia, reunion á lo simpático de su rostro y modales, una conversacion algo grave, pero amena é instructiva.

Restábame solo convencerme de que el recuerdo de la sensible niña de Sevilla vivía en su corazon, y para ello aproveché la oportunidad que me daban los finos ofrecimientos que el jôven pintor se creyó en la obligacion de hacerme como á señora y compatriota.

—Aceptando la exquisita galanteria de usted, le dije, me atrevo á suplicarle que trace para mi un pequeño boceto del tipo de la campesina romana, pues me agrada en extremo su pintoresco trage. Pero si á V. le es indiferente, desearia que la exactitud estuviese solo en los detalles, por que las mujeres de este pais no me agradan gran cosa en el lienzo, por su poca suavidad de sus contornos, y la excesiva energia de sus facciones, que siempre son algo duras.

—Piensa V. lo mismo que yo, señora, me contestò Zea, bastante satisfecho, sin duda, del giro que tomaba mi peticion. Las morenas de Italia, apesar de su decautada belleza, no se parecen en nada á las mo-

renas españolas, y en sus ojos, hermosos sí, pero demasiados, se hecha de menos esa dulce vaguedad que debe velar la mirada de la mujer pudorosa. Haré lo que V. desea, procurando que no lleve demasiado mala opinion de mi talento artístico, por que soy pensionado de España, y necesito probar que no siempre venimos à divertarnos los que somos favorecidos por S. M. para estudiar à los grandes maestros. Yo soy pintor por vocacion, y espero que la fé reemplace en mí el talento que me falta.

— Es usted muy jóven aun, respondi, por decir algo.

Despues mediaron los cumplimientos de costumbre, y Enrique salió de mi casa.

— Y bien, me dijo el anciano escultor, ¿que le parece à V. Zea?

— Que si yo no quisiera tanto à Felicia, dejaria mi novela sin desenlace por ahora, pues temo que el amante mate al artista.

— ¿En que se funda V.?

— En que siempre ha producido grandes hombres la desgracia que la felicidad. Pero hoy me importa mas que la gloria de Enrique la dicha de Felicia; y de nàs, quizá me equivoque yo, y el amor correspondido haga mayores milagros que el doloroso

recuerdo de una perdida ventura. Espere-
mos, pues el boceto.

Algunas veces volvió á visitarme el jóven
pintor, y por último, ocho dias despues del
primero en que se presentó en mi casa, vi-
no, trayendo el boceto que le habia pe-
dido.

—Señora, me dijo, levantando un paño
que cubria el cuadro: he aquí su encargo.

Yo estaba prevenida, y sin embargo, no
pude contener un grito de sorpresa. Aque-
lla aldeana era Felicia. Felicia, con sus her-
mosos cabellos blondos, sus ojos dulces y
expresivos, y su aire melancolico y triste
como la desgracia. Felicia, idealizada ade-
más por el amor que vivia en el fondo del
corazon de aquel que la habia trasladado
al lienzo.

Asi que, cediendo al primer impulso de
admiracion, exclamé con la mayor natura-
lidad, y casi olvidando el móvil que me
guiaba.

—¿Que nombre daria V., caballero, al
original de este retrato? Yo por mi parte
lo llamaría con el de Felicia Kimpar, y es-
taria seguro de hallarle en una pequeña
casita morisca de la calle del «Gallo mudo»
de Sevilla.

Todo esto lo dije con tanta volubilidad, que no di lugar á que Zea me interrumpiera; y cuando separé la vista del cuadro para dirigirla al pintor le ví apoyado en un mueble, y próximo á desvanecerse sino se acudia en su socorro; mas dispuesta á jugar el todo por el todo, me acerqué á él, añadiendo en voz baja, y á manera de escena de melodrama: *Señor de Zea, lo se todo. La loca y el ciego han muerto, y Felicia está sola en el mundo con su amor y sus recuerdos. Vive, no con el Ilielo en el alma, pero si con el fuego de la pasion en el pecho y la muerte en el corazon. Si quiere V. más detalles, vuelva V. á verme cuando se halla serenado, y cuente con una parte de la sincera amistad que profeso á Felicia.*

VIII.

No hay por que decir que Enrique escuchò de mis lábios el dramático desenlace de la cruel escena que su declaracion habia provocado; conmoviéndose con las desgracias de la pobre niña, que tanto habia sufrido por

él, mas aun de lo que se alegaba verse amado hasta el delirio.

Yo, de regreso á la corte, y de acuerdo con mi familia, mandé al viejo Narciso á Sevilla, con orden de no volverse sin Felicia, á quien, en una larga epistola explicaba cuanto con su amante habia pasado, dándole las mayores seguridades del cariño que aquel la profesaba, y rogándole que viniese á mi lado, donde la amistad ocuparia el tiempo que aun la separaba del amor.

Con efecto, Felicia menos altiva cuando era dichosa que cuando fué desgraciada, admitió el ofrecimiento, y pocos dias despues tuve el gusto de verla instalada en mi casa de Madrid, entre tanto que Enrique terminaba su cuadro histórico, que es hoy uno de los más bellos que posee el Museo Nacional; y cualquiera de mis lectores puede ver en el lienzo que representa á Isabel la Católica, rescatando los cristianos cautivos en las mazmorras de Granada, y en una de las hermosas damas que acompañan á la gran reina, el retrato de mi amiga.

Para que nada faltase á la dicha de los amantes, el tio que habia educado á Zea, tuvo la feliz ocurrencia de morirse ni mas ni menos que un tio de novela, dejando sus

bienes, que eran muchos, á su jóven sobrino, por lo cual rico, independiente, y con su reputacion de artista bien cimentada, se apresuró á ser dichoso, uniéndose con la que amaba. Hoy mi querida amiga, cuyo verdadero nombre no es el de Felicia Kimpar de Zea, pero que yo no puedo revelarlo, con su finura distinguida, su rostro pálido como el reflejo de la luna, y sus azules ojos, hermosos como la flor del lino, es el más bello ornato de los salones de la buena sociedad, en la que la han dado entrada su exquisita finura y el talento de su esposo.

Su trato encantador, y lleno de magnética atraccion la hace amar de cuantos la conocen, encontrándose en ella no se que mezcla de juventud y ancianidad, de gravedad y lijereza. efecto, sin duda de la nieve que blanquea entre sus blondos cabellos; nieve que hicieron brotar en su cabeza, como suele haberla en las cimas de los volcanes, el fuego del amor, y *la lucha del corazon.*

FIN.

